

Deleite Literario II

para jóvenes



República Bolivariana de Venezuela



Instituto Autónomo
Centro Nacional
de Libro

fundalea

Fondo Editorial La Escarcha Azul

Deleite literario II para jóvenes

© Fondo Editorial La Escarcha Azul
Fundalea, Mérida, Venezuela, 2006
Copyright 2007
fundaleaescarchazul@yahoo.es

Este libro contó con el financiamiento del
Centro Nacional del Libro (CENAL)

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal LF69020078004201
ISBN 978-980-6394-56-8

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley.
No puede ser reproducida, registrada o transmitida
por cualquier sistema de recuperación de información,
sea mecánico, electrónico, fotocopia o cualquier otro,
sin el permiso previo, por escrito, del autor o del editor.

Compiladoras:

María Luisa Lázzaro y Enza Lázzaro

Diagramación interna:

Carhly Blanco

Diseño de carátula

Reinaldo Sánchez Guillén

Maquetación e impresión:

Edikapas C.A.

Impreso en Mérida, Venezuela / *Printed in Venezuela*

ÍNDICE

Arella Daniel

Bonanno Lyerka

Coelho Fabián

Desimone Marcos

Guillén Ana María

López Leiber Andreína

Martínez Mariana Eloisa

Miranda Emilia Caterín

Paraguaima Sanz Enza Pierina

Pérez Daciél

Perozo Luis

Pinto Víctor Manuel

Ramírez Mariela

Rincón Eliza

Robinson Danilo

Silva Camila

Suárez Henyuri

Velázquez Rossmary

DANIEL ARELLA

darellaniel@gmail.com

Nació en Caracas, Venezuela, el 2 de julio de 1988. Cursa actualmente la carrera de Letras, Mención Literatura hispanoamericana y venezolana, en la Universidad de Los Andes (Mérida-Venezuela). Es Co-fundador del nuevo grupo literario “Arovertiente” de la ciudad de Mérida, quienes han organizado y promovido varios recitales y eventos en librerías e instituciones culturales del estado.

Publicó sus primeros poemas cuando contaba con 12 años, en el diario escolar “Tirisuy” de la Escuela Bolivariana Martha González, Municipio Cardenal quintero (Sto. Domingo, Mérida). En su paso por la educación secundaria publicó varios poemas, cuentos y artículos en el Periódico mensual “Las Luces del Mañana”, de la U.E Colegio José Felix Ribas en Ejido (Mérida), donde fue merecedor de algunos premios de poesía y otros de ensayo. En el apartado literario de los sábados, del diario “Pico Bolívar” (Mérida) publicaron una página completa con una muestra de sus poemas, como también algunos artículos de opinión. Ha participado en algunos recitales como en el 4to Mundial de Poesía 2007, organizado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, junto a reconocidos poetas del estado, el 1 de junio 2006, en la Hacienda el Pilar de Ejido, dentro del Festival de Poesía en honor a Gerardo Mancera. Igualmente aparece publicado un poema de mi autoría en la antología del 4to Festival Mundial de Poesía, del Ministerio del Poder Popular para la Cultura.

POEMA CINÉTICO

a Carlos Cruz Diez

Filosa

la línea levita filosa

con su destello en descenso detenido

se desliza y galopa

se desliza y galopa

y el vértigo lo atraviesa

para fecundar el abismo.

MAR Y SANGRE

Prefiero el rojo muro
que como mi sombra se escurre
en el fondo del cielo
y la continuidad es disipada
 en vacíos jirones
 en tenues relieves de humo

Me están ordeñando la nubes
 y yo aquí
con una sed de aborto
apenas puedo besar las manos blancas
emancipadas del mundo

quienes orando a la sangre
 liberan el mar
hurgando en mi latido.

LA PALABRA

 a Eliza, mi fiel resplandor

|

Yo sé
que ella sufre
en silencio
el rumor
de la transparencia
La muerte
redime
arqueándola
el círculo sereno
desde la pausa oblicua del alma

Yo sé
que ella amanece
detrás del iris

empañada de encrucijadas
lamiendo los guijarros
de alucinadas geometrías

porque ella a veces escolta
en su silencio
la vigilia de los testigos abisales
y mide la envergadura de los árboles
por su tristeza

porque cuando la miro directo a los ojos
ella se retira como de costumbre
hacia los arrecifes
Esos rehenes de la inmortalidad

II

Siempre en la entrega
ella
diseminando anillo
arando umbrales de hiedra
pedúnculo
que une el cielo con el mar
cuando desaparece la tierra entre mis dedos
atando el comienzo que se dispara
de no sé dónde
como la savia que se desanda serena
volviendo de la fuga para saciarse
en el misterio de la oruga

III

Y en el espacio oval
donde
engendra el infinito una sospecha
entramado de vertientes furtivas
apaciguadas
se decantan
en el desplazamiento de vuelos clandestinos

Y es el aro el fiel resplandor
ceñido a lo más íntimo circunda
la orfandad primitiva
hacia el despojamiento.

SECUELAS DE LA VIGILIA

La secreción de mi exorcismo junto a la espera de la visión: confluyen en un amasijo de atrocidades vertiginosas: un ascensor con senos recitando el canto blindado de las vorágines, al tiempo que la pareja invernal descendía a sus faenas. La ondina escupiéndome, sin tregua, mi espina dorsal por los ojos; y el centauro, con su paso de arena, eyacula sobre mis laureles.

El deseo de sorber el flujo de la luz se ha vuelto insoportable en estos días. Pero todo depende de la nitidez del destierro, o la desorbitación ocular desacostumbrada. Tal vez sea el espectro visto desde el catalejo en la llaga, o el prisma mordisqueado por un alud mal vestido. Todo depende, en buena parte, del tipo de salitre con que los aborígenes de mis ojeras se untan el alma, para acabar con sus vidas con el océano en cero.

EL CIRUJANO DE LOS ABISMOS

Llegó una noche de octubre, como si nada hubiese pasado. Apareció en el umbral de mi cuarto muy tranquilo, saturado de circunvalaciones, y con los hombros erectos como riscos. Carne náutica arrastrándose, estela de azul pétreo, escamas motrices derritiéndolo todo. Espirales que luchan con lo eterno para decir lo mismo. Vacuidad inherente a la presencia. Fallece el destello salobre en la mirada, su mirada que se abrevia, así como un cilindro blanco diminuto: la fuga blanda de la nada.

En su última visita, —mucho antes de haber sido arrecife— él vino a humillar mi sigilo, la pausa atravesada entre mis dos cejas.

En cambio, esta vez me miró con la pupila fija al fondo de su pelambre, molusca y antigua; con una advertencia de duermevela, sacudió el estancamiento que me habitaba. Mi soledad empezó por desnudarse máscara adentro, y yo con mi voluntad enferma, levanté el iris de mis ojos como un tembloroso papagayo.

Y así fui retornando al arco de la acechanza. En los pies de aquel ser —si acaso era posible llamarlo así— un unicornio tragado por gusanos se revolvía, suplicando mis ojos; y un bosque tupido de grutas, y pájaros que araban con su vuelo una calma violeta. Rápidamente resolví lamer su asquerosa cicatriz, como quien acaricia el ala de un ángel después de un éxtasis profundo. En su rostro, la cicatriz serpenteaba como entre surcos coralinos, mimetizándose con el salitre de sus facciones remotas.

En ese instante una extraña repulsión me inundó, y solté la casa de mis manos. Y se hizo el silencio. (Un vapor rosado salía de su boca como un enjambre telúrico). Y después todo se detuvo. Por vez primera comprendí mi labor como cirujano de los abismos.

Al fondo un canto de gaviotas sangraba, y en mis ojos aullaba el mar en contra.

CUADERNOS ERRANTES

Sentado y volando, con su melena enmarañada de ensueños
y sus ojos sepultados en los sótanos del cielo.

Los cuadernos palpitan, palpitan y
palpitan

y se contraen, y golpean, retorciéndose...

como una bestia endemoniada
descuartizando la noche con sus dientes.

Una ola gigante que se alza del Leteo
para inundar el alma de los condenados.

Son cuadernos exorcizados, en vano,
miles de veces

desgarrados por los zarpazos paganos
de una legión exiliada de hienas.

Sofocado bajo la sombra de la mirada materna
huyó lejos,

hasta donde las bibliotecas arden
hasta la orgía de los cielos

desbordando de luz la inmensidad del verso
y adornando la corona de su Reina con despojos de eternidad.

EL ROSTRO DEL MAGO

Ya no podré ser feliz como solía ser antes; ya no, ya no, no como
antes,

tan inmensamente feliz,
cuando no miraba detrás de los hombros,
a cada momento, como hago yo ahora,
para comprobar en vano si las alas, volvieron
de su largo viaje

Cuando reía a carcajadas desbocadas con los inventos de papá
Cuando el hombrecito del saco me traía la vigilia con un lazo
Cuando mi fe, únicamente moraba, dentro de un castillo de aire

Pluma de trapo a dónde te has ido,
dime, anda dime, o dame una señal, sólo una,
clava una huella fugaz en mi ojos de arena,

(Haz de mi vida un único mapa)

Ángel levantado una vez de la calle, ¿te acuerdas de las manos,
o de la calle?

¿En qué cielos furtivos desapareciste cuando los vientos te
confundieron?

¿En qué mares gloriosos te hundiste,

no te dije yo tantas veces que no nadaras todavía?
Que esperaras al viento de alas doradas, al delfín con la voz dormida.
Que siguieras jugando sin esconderte.
Por qué ya no hablamos como solíamos hacerlo
tantas veces, sobre el pasillo frío de granito,
hasta que llegara Tomasso de sabana grande,
con el mazo de cartas oliendo a salsa de espagueti,
y me secara con su toalla verde mi cabeza mojada,
y me ensañara a silbar como él,
y me dijera que si ya tenía novia,
que me entonara una canción en italiano.
Nunca olvidaré su aroma,
—Tomasso, ahora estás solo como yo—
su aroma que era una mezcla a queso rancio,
a periódico dulce,
y alfombra mojada de agrio vino:
la fragancia más maravillosa del mundo.

¿Por qué no me seguiste comprando los cisnes de chocolate?
¿Por qué no me seguiste preguntando las capitales mientras,
dentro del metro?
¿Por qué ya no te pregunto nada, por qué ya no me respondes de
una vez
sin mediadores, sin ambigüedades?
¿Por qué paso más tiempo dentro de una torre de libros,
que a tu lado?
Marcia, dime dónde estás para regalarte otro peluche.
¿Por qué ya no quiero ser bombero, o futbolista, o astronauta, o
paleontólogo,
o detective, o el pegaso del cuento, o el médico de los árboles,
o el pájaro inmenso que se coló una vez en mis sueños?

Dime tú perseverante, con las inclemencias del olvido,
por qué necesitas de mí una lágrima solitaria para que tu rostro
aparezca de pronto.

Qué hacemos ahora
que Rocolate dejó de despedirse con su diminuta nariz
cuando me iba al colegio,

que la risueña algarabía de Ismary dejó de empalagar la siesta de papá,
que las melancólicas lágrimas de Fabiola
ya no volverán a humedecer mis sueños por la noche,
que ya la bruja no me pellizca tan fuerte,
que un gran abrazo, ya dejó de ser mi refugio.

Ya no son las mismas manos que agarran las estrellas por las alas.

¿Por qué no apareces, como antes, desde el fondo del espejo?
¿Por qué ya no lloro al ver a un pájaro muerto,
al ver un árbol tumbado en el suelo, con sus brazos colgando,
por qué ya no lloro, por qué el no llorar es más fuerte?

Gran mago adónde vamos ahora, adónde vamos ahora...
que ya todos se han ido, que no volverán,
que se escondieron muy bien detrás de los tanques azules,
en donde toqué el cielo temblando, una vez
“¡Salgan de ahí!”, decía mamá, se pueden hacer daño, jueguen
donde yo los vea...
y la pequeña Andrea salía corriendo,
y yo me quedaba solo, solo, mirando la ausencia palpitar.

Ya no podré ser feliz como solía ser antes;
tan inmensamente feliz:
como la pequeña luciérnaga cree,
que con su luz está incendiando la noche.

BONANNO LYERKA

lyerkabonanno@hotmail.com

Nació en Valencia, estado Carabobo, Venezuela, 1981. Poeta y promotora cultural. Licenciada en Educación Mención Lengua y Literatura, Facultad de Educación de la Universidad de Carabobo. Profesora de la Universidad Arturo Michelena UAM, Valencia. Forma parte del Grupo Literario “*Litterae ad Portam*”. Fue directora de la revista “*La Tuna de Oro*” y actualmente pertenece a su comité de redacción. Pertenece a la Comisión rectoral del Encuentro Internacional POESÍA (Universidad de Carabobo) y del Encuentro Nacional de Jóvenes Escritores (Universidad de Carabobo). Facilitadora de la Casa Nacional de las Letras “Andrés Bello” dentro del Sistema Nacional de Talleres Literarios.

Ha publicado: *Cartas de Guerra* (2005), *Amanecemos de Bala: Panorama actual de la poesía joven venezolana* (antología, 2007). En imprenta se encuentra su libro *El Zigzag de la Máquina de Coser*.

(Del poemario inédito *El Zigzag de la Máquina de Coser*)

La mirada no puede delatar la miseria
soy parte de la anécdota de vidas
y la mía un fracaso de oficio

llevo el cabello limpio
uñas postizas
habla postiza
vida postiza

y soy una superposición
de posturas postizas
que me convierte
en abono reciclable

Dejo que todo entre sin negarme
soy puertas abiertas
sin patios
ni soles

solo un pasillo oscuro
hasta el otro lado

Las mujeres también vamos al bar
a ver que canción nos recuerda al pasado
a conversar con nosotras mismas
también
deambulamos en la calle oscura
como el zigzag de la máquina de coser
a veces
se nos antoja el licor
para abandonarnos a una sola idea
frente a las botellas
las servilletas
y las miradas de los hombres
que no saben si acercarse
o seguir en sus rincones

Despertar ante los espasmos
y reconocer tanta falta

estoy harta de mí

aún así no me abandona la idea
de que algo ha estado bien

ya sea por mis manos
o mi boca

Me contagio con tus enfermedades
escucho entre quejas
deseos de mejor vida
tus palabras que se clavan en la culpa
de los errores típicos de mis años

pido colar el café para que descanses
mientras busco en el agua caliente
alguna palabra de consuelo

Entre cremas y perfumes
creyendo que los olores mueren en frascos
me embalsamo en cada retoque

pero en la noche se pudre
el olor del día
y me veo desnuda frente al espejo del baño
que muestra los pelos y el rimel

COELHO FABIÁN

fabiancoelhocastro@gmail.com

Nació en Caracas, Venezuela, en 1985. Actualmente estudia en Escuela de Letras, de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes (Mérida). Ha participado en los Talleres de Narrativa de la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la ULA (DAES) con el Profesor Enrique Plata. Obtuvo el Primer Premio en el Concurso Anual, de Cuentos, 2006, de la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de Los Andes (DAES), con el cuento: *La hondura del pozo*. Tiene en preparación su primer libro de cuentos.

LA HONDURA DEL POZO

Y miró en su mano aquello que ya parecía apenas una sombra del lejano suceso, esa tierrita perturbadora, ese reclamo que en todo momento le hacía la vida. Y por un momento viajó al pasado y escarbó en su honda memoria, porque él sabía que para quien había sido vencido por el olvido, recordar era un pesar necesario. Rememoró como quien ve una fotografía aquellos lejanos días en que no necesitaba llevar la cuenta de los años ni saber qué día preciso de la semana era. Subió el ancla y se lanzó a ese constante naufragio de su memoria.

Vio frente a él la quebrada serpenteante que se derramaba con furia de aguacero por aquel cauce pedregoso del que emergían como panzas las rocas blancas y pulidas; vio el pozo en el que una pequeña cascada de no más de cinco o seis metros de altura vertía su torrente espumoso. Escuchó, pues siempre que recordaba le venían voces del pasado, las risotadas que alegraban la confluencia de los murmullos de la quebrada y del bosque. Se vio, entonces, a sí, y miró sus manos limpias y frágiles de mozuelo, y su piel blanda y lampiña de la que sobresalían apenas unas menudas costillas de su cuerpo delgado de no más de una década. Oyó la agitación de los árboles, el batirse de las ramas, y el susurro de las hojas, y miró el cielo, un cielo encapotado y cenizáceo, y recordó las palabras que su abuelo le profirió en una ocasión antes de que muriera, cuando, posando sus manos ásperas minadas de callos de agricultor sobre

su hombro desnudo, le dijo proféticamente: *estos vientos fríos traen agua, se les puede oler la humedad desde aquí, y esas nubes de allá –señalando el cielo– están cargadas. A este paso también vamos a perder las cosechas de este año. Las lluvias, mijo, pueden ser una bendición o una desgracia. Pero estas huelen a desgracia.* Al año siguiente murió el abuelo de pobreza, dicen.

Él volvió a la escena y escuchó las risotadas que bañaban esa tarde gris. Caminó hacia el pozo y se sumergió en el frío caudal hasta que las aguas le llegaron al cuello. De pronto un trueno inundó de ecos el bosque, y silenció por un momento risotadas y corriente y golpe de cascada, y los cinco intercambiaron miradas de pánico entre sí. Cuando llovía no se podía salir del bosque, en aquel momento todos se sintieron prisioneros.

Andrés detuvo la bola que volaba de mano en mano por el aire y dijo que debían regresar. Pero todos con una valentía absurda lo tildaron de gallina y le dieron continuidad al juego de pelota. Andrés se la lanzó a Juan, pero Pedro la interceptó, luego José, montado en una roca pidió que se la tiraran, para atajarla brincó de la roca y cayó en vertical en el pozo nuevamente. Tardó un segundo en emerger y después apareció, con una sonrisa de satisfacción por la acrobacia hecha de entre las onduladas aguas, y le arrojó la esfera inmediatamente a Luis, quien la tomó con una seguridad de experto con una sola mano y dijo, *Andrés tiene razón. Puede que llueva. Deberíamos regresar.* Pero Pedro, con una seriedad desafiante los exhortó a todos a no irse del sitio hasta caída la noche.

Hasta ahí aquello. Levantó una piedra del suelo, la limpió, y la lanzó hacia el pozo. Hizo un sonido de “glub” al hundirse, y unas lágrimas tibias se le asomaron con timidez por la comisura del ojo. Miró luego la roca más alta, aquella que usaban como trampolín para lanzarse al pozo, y vio en ella esa límpida mancha de sangre que persistía en el tiempo. Su memoria era a momentos una retrospección despiadada que no descuidaba detalles, y por si pasara, su entorno mágico, cargado de espejismos y fantasmas, no tardaba en recordárselos.

Su vida, desde aquella tarde de la infancia, se parecía, a su vez, a aquel pozo que a cada momento oscurecía más, que cada día se ahondaba más, pues el torrente de la cascada que golpeaba el fondo parecía cavar siempre más abajo, y las rocas estáticas con su tono mate y con esa superficie pulida y resbalosa se mantenían allí, apenas erosionadas, como sus recuerdos. Y por ese pequeño sector de esa quebrada que descendía de las montañas, transitaban a diario galones de agua fría, ansiosos de llegar al mar, su destino inexorable, tal como la vejez para los hombres es un ocaso retardado que espera su noche, así también las moléculas de agua se retiran al mar.

Y la pelota lo salpicó de agua con su caída, y aún inquieta, la recogió de la superficie acuosa donde se mantenía flotando. De cerca se desgañitaba Juan: *Luis, pásala*. Él se la lanzó, y mientras los aires acariciaban la faz esférica de la pelota, otro trueno más desgarrador que el anterior hizo temblar el mundo, y en el corazón de todos se albergó el miedo como un huésped indeseable, excepto en el de Pedro, el más pendenciero, y quien sería el primero en irse.

Ahora todo se acelera, el miedo toma las riendas del pulso, y la respiración se agita a su merced. Todo se tiñe gris y como ligeras agujas caen las gotas heladas que hieren delicadamente las pieles juveniles de todos. Ahora Andrés, ya en pánico, va recordando los sermones y consejos de su madre y las historias trágicas de su padre de cuando la quebrada crecía y los caminos del bosque se obstruían por el lodazal, y va saliendo del pozo con actitud de marcharse. Ahora todo ennegrece y adentro de Pedro el vigor pendenciero se acrecienta mientras revive en su subconsciente una antigua disputa familiar con los deudos de Andrés. Y *¡qué te pasa imbécil!*, soltó, hecho un demonio, de su boca, y saltó del pozo hasta donde estaba Andrés, apretó los puños y se cuadró frente a él en posición de ataque. Andrés, en defensa, tomó una piedra mientras escuchaba a Pedro gritarle que los caballeros no se arman. Fue lo último que dijo antes de que una roca filosa de un palmo se le incrustara como un cuchillo entre las cejas y le hiciera torcer los ojos y desplomarse sin perder aun la ridícula pose de boxeador en guardia. Andrés, que miraba atónito el resultado de

esa mezcla de ira y miedo que habitó su cuerpo por segundos, se llevó las manos a la cabeza mientras se ponía de cuclillas con cara de aún no poder creerlo.

Todos fueron a ver a Pedro, todos menos Andrés que permanecía pasmado, estaba asustado, temeroso, y como el niño que era, lloraba por la tragedia. Conforme a esto las aguas de la quebrada embravecían, y de entre el grupito que rodeaba a Pedro alguien tomó la secreta decisión de vengar su muerte.

Andrés, en medio de su perplejidad, alcanzó a captar algo, y como advertido por un ente sobrenatural, se puso de pie, tomó dos piedras más, e inició su huida trepando por las rocas que elevaban la cascada, pues, como todos, sabía que ese camino, el que bordea la quebrada cien metros arriba hasta la confluencia con otra quebrada, es el único transitable a esa hora menguada de la tarde con una lluvia apremiante.

Andrés, en su escapada, tiró hacia atrás, para que no lo alcanzaran, las dos piedras que había cogido, y se trepó con una habilidad de mono hasta la cima de la cascada, pero cuando llegó a la roca más elevada, de la que se tiraban en clavado al pozo, una piedra lanzada por alguno de los tres niños que estaban abajo le dio en la cabeza. Andrés resbaló, por un segundo quedó de rodillas, y cuando intentó pararse para aprestarse a correr volvió a resbalar y esta vez su nuca golpeó de lleno en una saliente de la roca y una tinta purpúrea la cubrió toda hasta que la crecida de la quebrada la lavó y echó el cadáver de Andrés al fondo del pozo, de donde nunca volvió a emerger.

Ese niño nadando con una cicatriz en la cabeza lo miraba con inquietante recelo, y a cada parpadeo se desvanecía. Él observaba cómo articulaba injurias sin emitir sonido alguno. Sus ojos pardos lo escrutaban con resentimiento y de vez en cuando lo apuntaba con un dedo y brotaba de su rostro infantil una diabólica sonrisa. Era Andrés, y él, hacía años se había acostumbrado a su fantasma que rondaba por los pasillos oscuros donde el silencio era como un silbido en los oídos, en los ríos lo veía a veces sentado en una roca, la más grande del lugar generalmente, o nadando en la orilla de una playa. Es por eso que no volvió nunca a entrarse al agua en un balneario o a nadar en el mar, porque sabía que entre las cosas

que articulaban los labios de Andrés, estaba dicho que si se metía al agua de nuevo en su vida lo ahogaría, y ya una vez había pasado un susto, pues en algún lugar del fondo de un río se le trabó el pie, y de no ser por su hijo mayor que lo rescató, no estaría vivo. *Las pirañas* –también le increpaba Andrés–, *yo soy las pirañas*. Pero no era temor lo que sentía, después de años en el reformatorio y una frustrada incursión en un monasterio de una orden poco conocida, aprendió a superar los miedos y a sentir un respeto atrevido por esos fantasmas de su niñez.

Y el cuerpo de Pedro sostenido por sus brazos flacos y otros dos pares de brazos similares, era llevado como en una lúgubre procesión de mediodía hasta el cauce de la quebrada que lo arrastró cuesta abajo hasta desintegrarlo por completo. *Llegó al mar en trocitos* –le gustaba pensar– *y alimentó a cientos de peces*, en ellos habita, de algún modo sustancial, para él, el espíritu físico de su compañero de andadas. *Al mar* –pensaba– *irá con una sonrisa y renacerá en los peces*, y José y Juan lo miraban con extrañeza, como se mira a un loco. Él los ignoraba. Y, en medio de su más profundo luto, trataba de ser indiferente a la suciedad de sus manos, a la tierrita que perduraba de una piedra lanzada con acierto a la nuca de un prófugo. Él sonreía como poseído, como enajenado, y José y Juan se empezaron a alejar con pasos cada vez más largos. Había que salir del bosque a toda prisa. Llovía ya a cántaros, el temblor interno del suelo provocado por la crecida de la quebrada se acentuaba conforme oscurecía. La noche se espesaba y la negrura ciega del bosque parecía a cada minuto una maraña más y más tenebrosa de la cual nunca lograrían escapar José y Juan.

Pasaron diez, doce minutos de caminata y la densidad de la noche, que no anunciaba luna, se convertía en un enemigo para los nervios. El miedo cercaba dentro de los corazones de cada uno las emociones. El bosque parecía interminable e irreconocible, y luego de caminar por varios minutos tenían la sensación de volver al mismo sitio una y otra vez, como si su recorrido describiera un círculo ineluctable, laberíntico. Juan y José, en algún momento se hallaron perdidos en medio del chaparrón nocturno, y Luis, dejado ya atrás, seguía sonriendo, pensando en el mar y en su amigo

Pedro, como abandonado a una suerte de demencia momentánea, y limpiándose incesantemente la tierrita, esa tierrita calumniosa que lo ensuciaba. Ya se había olvidado de Juan y de José, había borrado sus existencias, y se sentía solo en el bosque, como un hombre primitivo que se esconde de algún terror en la anonimidad de la nocturnidad.

Cuando volvió la mirada escuchó pasos que se aproximaban, eran muy seguidos y estaban delante de él. Vio cómo trituraban, una a una, las hojas caídas de los árboles unos entes invisibles que se alejaban de él, como huyendo. No era la primera vez que al estar solitario y contemplativo lo sacaban bruscamente de sus reflexiones unas pisadas que pasaban alejándose con rapidez. Afortunadamente, sólo ocurría esto una vez a la semana o al mes, pero siempre que percibía los pasos de los caminantes invisibles, recordaba con culposa melancolía cómo se apostó a un lado del camino, con una sonrisa trémula de satisfacción, a verlos pasar una y otra vez por el mismo lugar sin advertirles nada, hasta que en una de esas no los volvió a sentir y dos alaridos desgarradores que se extendieron por las montañas le justificaron su eterna pérdida. Eso recordaba una vez más como tantas otras mientras el crujir de las hojas se volvía lejano e imperceptible.

Y escampó y el temblor del suelo disminuyó y Luis, recogido sobre sí mismo se dispuso a dormir recostado del tronco áspero de un árbol. La noche, por momentos, caía en una blancura fantasmal, era la neblina que descendía de las cumbres montañosas y convertía la noche en una pálida estrechez. Luis, a ratos, abría los ojos, escrutaba su derredor con cierto temor a encontrarse con lo inesperado y luego volvía a sumirse en el sueño. Cada vez que despertaba era para ver si alguno de sus amigos estaba cerca, y después de chequear su condición de abandono irremediable trataba otra vez de sacudirse esa tierrita, ese sucio de la mano, hasta que entendió que se le había adherido del mismo modo que una mancha o un lunar pretenden estar de por vida en la piel.

Busca en su bolsillo la cajetilla de cigarrillos, saca uno, lo enciende y aspira con veteranía con los ojos entornados, mientras lo atenaza entre su pulgar e índice. Mira una vez más a su alrededor para convencerse de que todo sigue igual que antes. Mete la cajetilla en un bolsillo, y del otro saca un recorte amarillento de prensa doblado en pliegues cuadrados, en el que va apareciendo conforme lo va desdoblado, la forma de una columna encabezada por el título *La hondura del pozo*. Tiene fecha del 30 de noviembre del año de 1954, y narra “... la historia de Luis Velásquez, único sobreviviente de la misteriosa desaparición de otros cuatro niños: Andrés Carrero, Juan Guzmán, Pedro Zuloaga y José Álvarez, a quienes no volvió a ver desde que, hace días, fueron a nadar al pozo de La Cuchilla, en el cauce de la quebrada Santisteban. El pequeño Luis dice no recordar nada desde que empezó la lluvia, pues asegura haber recibido un fuerte golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente por horas, y al despertar, a la mañana siguiente, se encontró solo en medio del bosque. Los campesinos de la zona piensan que puede tratarse de una antigua maldición que echó hace más de dos décadas un cura sobre ese mismo pozo, donde, se dice, se le apareció el diablo...”.

Luis vuelve a replegar el recorte y lo guarda en su bolsillo. Tira la colilla del cigarrillo al suelo y la pisa para adormecer la brasa con su pie. Se mira la mano sucia de tierrita y por un segundo vuelve su mirada al pozo sobre el que se derrama la cascada para saborear el momento una vez más antes de iniciar su camino de vuelta, que año tras año recorre desde hace cincuenta años para hacer la ceremonia de no olvidar nunca a los otros cuatro niños que “desaparecieron” aquella noche de noviembre bajo un aguacero torrencial.

DESIMONE MARCOS ANTONIO

alien_xs@hotmail.com

Nació en Caracas, Venezuela, el 08 de marzo de 1988. Actualmente tiene 19 años. Es bachiller en ciencias, egresado del liceo Francisco Carvajal, en el estado Anzoátegui año 2005-2006. Participó en el concurso de oratoria del Municipio Freitas (Anzoátegui) quedando en el tercer lugar. En sus últimos años de liceísta elaboró un periódico llamado *Sin límites*. Basado en las políticas estudiantiles fundó un centro estudiantil, también ejerció el cargo de Coordinador parroquial del Instituto Nacional de la Juventud (INJ). Ingresó a la Universidad de Oriente, Núcleo Monagas, en la especialidad de Gerencia de Recursos Humanos. Entre sus obras y autores preferidos están Ghibran Khalil (El loco, El profeta, Arena y Espuma, entre otros), Gabriel García Márquez, favorito de todos lo tiempo, del cual ha leído casi toda su obra; y otros escritores como Jorge Luís Borges y Arturo Uslar Pietri.

Marcos Desimone es un bohemio, soñador realista, desea fomentar o generar un cambio, en la cultura literaria actual, de lo plástico, efímero y superficial, hacia lo real profundo de la humanidad. Su mayor sueño es ser algún día médico comunitario en la especialidad psiquiátrica, así conseguir la cura a la enfermedad de su madre; además fomentar la escritura en todos los ambientes de la sociedad.

UNA NOCHE MÁS DENTRO DE MI SOLEDAD

Ya nada logra aclarar mis tinieblas,
lágrimas de sueños inverosímiles
no concretan realidades.

Canciones melancólicas pasadas
me recorren en desvarío.
¿Puedes ver el dolor tolerado,
oír la felicidad satírica?

La oscuridad de mi día se nutre de las noches,
sucede de golpe, los sentimientos chocan.
Las satisfacciones no otorgan
el goce de la luz primera.

Tiempos aquellos donde obtuve,
tiempos donde perdí.
Cabellos tiernos con mis dedos jugué,
labios rosa, con éxtasis besé.

Duele reconocer
destrezas regeneradoras de vidas ajenas
y en la propia es poca la fuerza,

el valor necesario para poder decir
no hay confusión,
no quiero sentirme triste, pase lo que pase
serás tú la única,
completa y eterna dueña
de cuanto existe mí.

CONFESAR

Adentro, algo grande dice
hacia dónde ver,

indica el camino, vida magistral.
Lo malo,
es el hombre que marchita
las cosas,
lleno de odio y envidia
no lograr entender
que la vida en constante aprender.
Que el objetivo es amar
y la verdad ser amado.

Que nadie se atreva nunca
exigir
oprimir

Derribe los sueños, metas, ideales
arrebatar

el derecho inviolable de ser libre.
Poder decir a mi antojo,
azul o morado

Seguir siendo hombre de antaño,
blanco o rojo cristalizado.

¿CÓMO DESCRIBIR LO QUE SIENTO?

No sé explicar lo que me pasa.
A veces ni siquiera entiendo,
no comprendo lo que siente mi alma

A lo lejos de mí se escucha una leve tonada
melancólica y triste como la que canta mi alma.
¿Tendrá causa específica mi dolor,
o es que mi alma aprendió a sufrir?

Si no es esto lo que siento ¿dime pues lo que padezco?
En mis adentros la melancolía es la que rige
los caminos por donde la tristeza me sigue
y corren hasta mi encuentro.

¿Dónde está el botón que apaga el sufrimiento?
¿Qué hago para fingir no estar agonizando?
¿Cómo miento para matar el sinsabor?
Sentimiento que quema desde adentro.

Cuatro estrofas he escrito y todavía no consigo
expresar la tristeza que conlleva,
la melancolía de vivir conmigo
y darme cuenta en las noches cuando duermo
que no estarás cuando amanezca.

¿CINISMO?

Digamos que si: soy falsa máscara,
te engañé desde el principio,
no era cierto mi querer.

Tú callabas
por inseguridad creada,
por errores de experiencias pasadas

Te fallé,
pero nunca escuché
de tus labios un solo querer.

Acepto la culpa,
aunque
jamás entenderías los porqué.

Hubo algo en que no mentí,
en lo que por ti siento,
Aunque los errores no se pueden borrar.

No soy falso, soy humano
sin saber hago daño,
incluyéndote,
eres la única que AMO.

Tus ojos, negro profundo,
tú cabello, recónditamente bruno.

Es intensa la noche oscura,
mis manos traviesas y torpes
desean convertirse en aire
para rozar tu cabello ,
besar tus ojos sin sentir miedo.

La luz de la luna nos cubre
y el viento frío nos arropa.

Quiero que nunca amanezca
que nunca a cero llegue la hora,
que solo de ti me separe
únicamente la muerte.

En mi mundo imperfecto
solo importa tu risa,
me transporta, querida,
a la paz de amarte a lo lejos,
sin decirlo.

Callar lo sentido...

ser únicamente

...amigo.

ANA MARÍA GUILLÉN

Amg1277@hotmail.com

Nació en Mérida (Venezuela, 1977). Es Farmacéutica (Mención Farmacia Hospitalaria), graduada en la Universidad de Los Andes (2001). Desde muy niña llevó un Diario de todo lo que iba viviendo y leyendo. A los 7 años escribió en la escuela *El gato y la begonia ya ni asustan ni asombran*, como actividad para un concurso convocado por el Consejo de Publicaciones de la ULA en 1984, siendo seleccionado entre los diez premiados. Fue publicado 15 años después por la Asociación de Escritores de Mérida y la Dirección de Literatura del Consejo Nacional de la Cultura (Caracas). Ha trabajado en la Maternidad La Floresta: “TJI Farmacia” (Maracay, estado Aragua, Venezuela); en Hominis C.A de Farmacia. CorpMaracay, como Promotora de productos Farmacéuticos; Farmatarget. Desde hace cuatro años trabaja como Visitadora Médico en Phizer (Maracay, estado Aragua). A los veinte años escribió entre muchos otros textos poéticos narrativos: “Un batiscafo, una oruga, o simplemente un tren de pilas”.

OBRA LITERARIA: *El Gato y la Begonia ya ni asustan ni asombran* (Mérida, Venezuela: Fondo Editorial “Ramón Palomares”/Asociación de Escritores de Mérida/ Consejo Nacional de la Cultura (CONAC)/ Editorial “La Escarcha Azul”, 1999). Tiene inédito el cuento *Un batiscafo, una oruga o simplemente un tren de pilas*, escrito en 1997. Ha sido reseñada y publicada en el *Diario Frontera*, por el investigador Enrique Plata Ramírez: “Estos Muchachos, aquellos coroneles” (Mérida, Diario Frontera, viernes 11 de octubre, 1991) y, por la escritora Inés de Cuevas en la página literaria *Con los niños*: “El Gato y la Begonia ya ni asustan ni asombran (Mérida, Diario Frontera, lunes 27 de septiembre, 1999). Sus cuentos fueron publicados en la I Antología para niños y niñas (Magia Literaria I), y en la I Antología para jóvenes (Deleite Literario I), de la Editorial La Escarcha Azul y CONAC (Mérida, Venezuela, 2005).

UN BATISCAFO, UNA ORUGA, O SIMPLEMENTE UN TREN DE PILAS

Todo lo que ocurre pasa dentro de mí primero. En el momento preciso cae el alfiler en el pajar adecuado; sólo hay que disponerse a encontrarlo.

—¡Hola!, ¿hay alguien ahí?

¡Ay, Dios!, imagino que con todos mis estudios, mis lecturas, mi cultura y hasta mi religión, no podré pensar que se trata de un espanto.

Bueno, me dije, seguiré con mi trabajo de investigación. A mis 8 años de edad ya estaba incursionando en el mundo de lo anatómicamente científico. Es que todo es materia, me decía.

¡Qué mente tan cerrada!, llegué a pensar años más tarde cuando un descubrimiento hizo derribar, con mis propios puños, tantos años de absurda táctica de querer tocar todo lo que existe, y pretender manipular una naturaleza que muy por encima de mí tenía un mecanismo inalterable.

Fue aquella tarde, de un día cualquiera, que se me ocurrió acercarme hasta aquel ser, que con un lenguaje nada tangible me enseñó todo lo que pude aprender en “mis años” y “mis vidas”.

¿Qué es eso? ¿Qué cosa es?, me pregunté una y otra vez, sin poder referir su nombre. Algo color verde oliva, pero brillante, un poco transparente.

De repente, (sí... lo acepto) sentí miedo. ¿Y si ese bicho me pica y me transmite un virus inmutable, que hará que se me caigan los cabellos uno por uno?

Tomando el espejo entre mis manos me digo: Bueno, un poco menos de cabello me hará un poco más intelectual. Como aquellos científicos “locos”, que tienen un centro brillante en su cabeza.

Pero, no. Podría suceder que mi sangre se tornara verde, no de azul lo que me encantaría por aquello de la realeza.

Me imagino a mí mismo, que me dé por comer insectos. ¡Guácatela!

Después de observar un largo instante con mi lupa — iclaro, por el lado que agranda las imágenes!, por temor a acercarme más—, me decidí. Y, con toda la confianza y seguridad que se requiere, paso a paso comencé a acercármele con cautela.

De pronto...

—¡Franklin Filiberto II, ven acá inmediatamente!

¡Ay...!, brinqué del susto. Mi madre debe estar furiosa, nunca me llama por mi nombre completo. Tomé todos mis instrumentos... Está bien... mis juguetes. Y corrí tan rápido como pude hasta llegar a mi cuarto.

No supe qué pasó... mi batiscafo (el que preparé aquella vez que quise ahondar en las profundidades de un abismo) estaba destruido por completo en el piso.

—¡No!, grité furioso, con mucho sentimiento, con ganas de llorar, pero con seriedad, porque después en mi casa me podrían

faltar el respeto si me veían débil. Y en cierto modo lo estaba, no había comido nada y ya era tarde. Me tiré en la cama y con aquella rabieta que agarré sólo tuve dulces sueños.

Me desperté muy temprano en la mañana para darme cuenta de que la casa era un completo desastre. Todas las personas, habitantes, toda mi familia, estaban haciendo un alboroto por un espécimen extraño: un perro. Mi hermanita lo llamaba con un nombre excéntrico, mejor dicho ridículo: “Toto”.

Desayuné apartando un poco la parafernalia por el nuevo inquilino, y me acordé de mis investigaciones pendientes: la oruga.

Me enteré de lo que se trataba cuando mi papá le comentó a mi hermana de la hermosa oruga verde que teníamos en el jardín. Habló acerca de la metamorfosis sufrida por ese animalito.

—¿Met- amor... qué?

—Dice mi amiga Ivi que insectos son los que vuelan y tienen piquitos para picar.

—¡Niñas...! De todos modos iré a la biblioteca a investigarlo. Quiero saberlo todo acerca de esa transformación física que ocurre.

Corrí a mi laboratorio y preparé una fórmula anti-elixir de la vida (loción envejecedora o añejadora).

Al salir al jardín, luego de saber que era inofensiva, me acerqué, la bañé con la sustancia y me alejé. Pasaban minutos, horas, y nada. Frustrado, me devolví a inventar algo más. Pensé en ponerla a fumar. Dicen que así la gente envejece más fácil y rápido, pero no tenía dinero para cigarrillos, así que lo olvidé.

Me senté en una piedra a reflexionar cómo podría apresurar el proceso de maduración de la oruga. Me di cuenta, cuando enfoqué la mirada, que una oruga más vieja de color poco llamativo, aunque hermoso igual, estaba formando un capullo alrededor de sí misma.

Y... izas!, obsesivo del experimento pensé: le haré un capullo a “mi oruga” con un ovillo de lana. Y así lo hice. La envolví y esperé varios días.

Regresé emocionado, creyendo que la mariposa debía estar naciendo ya... No encontré más que a la misma hermosa oruga verde, con su color más pálido que nunca. La coloqué al sol para que retomara su brillo.

No sé si fue la rabia o la frustración de no poder alterar

con nada las etapas que sufriría la oruga, que de pronto me quedé dormido junto a ella. Creo que el calor y el cansancio también influyeron.

El sol estaba muy brillante, irradiaba tanto calor que más bien parecía un abrazo “caluroso de energía”.

Tendría yo 38 años, renombrado científico, dos esposas en un año, un hijo, un perro, y además un batiscafo registrado, con marca europea.

Había aprendido muchas cosas, no tan materiales como ansiaba, un poco intangibles para mis manos.

Mis padres murieron ya de viejos, pero felices, con Toto a su lado. Yo regresaba de un congreso, era el famoso ponente de la “teoría de la especificidad de la transitoriedad de las nubes densas de plutón”.

Ahora volvía a casa a observar a esa hermosa oruga que me maravillara por su talento de ser ella misma.

–¡Franklin Filib... ¡

Ay... Me desperté de inmediato. Pasé mi mano derecha por mi mejilla. Qué alivio, no tenía barba, seguía siendo pequeño, flaco...

Me levanté, miré al cielo y corrí; llegué a mi habitación, tomé juguetes de verdad... un carrito, un robot y un tren de pilas. Bajé por las escaleras y me senté en el patio a jugar como un niño “normal”.

Y me dije: la vida jamás obedece a apresuramientos de orugas, y yo estoy aquí para vivirla, paso a paso, sin apuros.

LÓPEZ LEIBER ANDREÍNA

nirvagirl91@hotmail.com

Nació en el Municipio Corazón de Jesús, Barinas, estado Barinas, Venezuela, el 05 de Junio de 1987. Reside desde muy joven en Mérida donde estudia Letras Mención Literatura hispanoamericana y venezolana, en la Universidad de Los Andes. Ha dictado cursos de teatro a los niños de Educación básica de la Unidad Educativa Bolivariana “Rivas Dávila”, Mérida. Sus aficiones son escuchar música, leer y escribir.

Participó en diversos recitales y congresos: Encuentro Nacional de Poesía (Feria Internacional del Libro Universitario (FILU, ULA, 2006, auditorio de Corpoandes), encuentro organizado por el Postgrado de lectura y escritura de la ULA-Mérida y la Gerencia de Programas Educativos Brújula, en el III Festival Mundial de Poesía (recital de jóvenes poetas en la Biblioteca Bolivariana), IV Festival Mundial de Poesía, recital de los estudiantes (Facultad de Humanidades en la Cátedra Simón Bolívar de la Universidad de Los Andes). Como ponente participó en las II Jornadas Estudiantiles de Creación Literaria en homenaje a Laura Antillano (Del 6 al 8 de Noviembre de 2006, Fac. Humanidades ULA), y a las IV Jornadas de Investigación de Literatura en Homenaje al centenario del natalicio de Arturo Uslar Pietri (Octubre del 2006, Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes).

¡AMABLE SORPRESA!

El viento trajo a mí
la dulce estela de tus pasos,
el suave andar de tus miradas
la sutil figura de tu cuerpo.
Evocó en mis sueños
el pausado ritmo de tus besos,
la ternura de tus brazos,
la sabiduría que han adquirido tus manos.

Hoy el viento trajo a mí
tu nombre enredado
en mis pensamientos.

RUTINA

A veces cuando no consigo tu rostro
en medio de mis libros,
cuanto tu aroma se ha perdido;
en medio de toda aquella fragancia:
incienso y café,
decido buscar en el fondo de tus palabras
hasta armar de nuevo
mi rompecabezas.
Y empezar a amarte
otra vez.

ESPERA, ESPERA

Ella emocionada agarra el auricular de su teléfono,
en su rostro se dibujaba la exaltación, las ansias.
Los segundos pasan como una hoja en el desierto
mientras cada fragmento de su rostro
se torna más centelleante.

Un sonido fuerte interrumpe su agitada emoción,
en la puerta esperaba con ansias al igual que ella,
suelta el teléfono y corre deprisa
Logra ver una silueta. ¡Si! ¡Era él!

Después de haber enterrado sus huesos,
Kimbu salta hacia el regazo de quien lo ama.

REFLEXIÓN

¡Tienes razón!
ni la ciencia pura,
ni los matemáticos,
ni los filósofos,
ni siquiera los magos de las letras,
podrán descifrar
en un palabra

el sonido
de tus labios
cuando besan mi corazón.

MARIANA ELOÍSA MARTÍNEZ

elhadayelpez@hotmail.com

Nació en Caracas, Venezuela, el 29 de septiembre de 1993. Estudió preescolar y primaria en el Instituto Montecarmelo. Actualmente estudia 8vo grado en el Centro Educativo de la Asociación de Profesores de la Universidad Central de Venezuela. Ganó el Primer Premio del Concurso Nacional de Poesía Liceista de la “Casa de las Letras Andrés Bello” (2006) con el poemario *El Pájaro Pez*. Los poemas que integran este libro los escribió entre los 10 y 12 años. El título del poemario se debió a una mascota que tenía ese nombre: El Pájaro Pez, que murió. Es una apasionada del mar y de los peces, espera estudiar Biología Marina. Tiene un blog con sus poemas: elhadapoeta.blogia.com

Del libro *El Pájaro Pez*

Ganador del Primer Premio del Concurso Nacional de Poesía Liceista, Casa de Bello, 2006.

PÁJARO PEZ

Sentimiento oculto
de sorpresa invisible
que no llegó a volar
se elevó a distancia
pero sólo flotó
no viviste 1000 años,
viviste lo suficiente
para en tu muerte llorar
verte todos los días
volando en tu pecera
soñando ese día en que volarás
con mis lágrimas vivas de sal
al lugar lleno de descanso
y poder por fin entre lágrimas volar

SOY LA SOMBRA

Dedicado a mi mamá

Soy la sombra de tu sombra
así que la creadora no me ve
la que crea la sombra
mi oscuridad no puede percibir
tal vez yo soy la que tengo sombra
que no puedo ver,
tal vez yo soy la de la sombra
yo soy la creadora.
Le pregunto a la sombra
de mi creadora
que si ve otra sombra en mí,
ella no me ve ni me escucha
porque a mí su sombra
no me puede percibir.
Tal vez todas las sombras
tengan sombras
que no pueden percibir **Chita**

CHITA

Se crea pero igual se irá
esa chita
que la naturaleza ahoga entre árboles
y criaturas sin conocer,
ella se siente nueva
pero la vejez le llega
igual anda y caza
ella recuerda su viejo reflejo en el agua
que mostraba su niñez
ahora se refleja en una escopeta
que la ha matado
pero su niñez
sigue reflejada en el agua
su piel la cuelga una bufanda
sin reflejo alguno

sin gota de niñez
pero esa señora que estoy percibiendo
que está feliz con su bufanda de muerto
sólo extraña que en el espejo
no sale nada
ni la pequeña niñez
que a los viejos chitas aguarda.

LEOPARDO

Ese manchado gato
estirado por la naturaleza
con puntos negros
no lo insultes
no le digas tigre
a él no le caen rayas negras por la espalda,
corriendo como un tren que pasajeros deja
echando la sangre de un alce por la boca
oye la voz que narra este poema
y se confunde
ve un lápiz escribiendo
se enorgullece de sus manchas negras
y de no tener rayas caídas
agarra el poema
y se lo lleva a sus amigos orgulloso

MIRANDA EMILIA CATERÍN

emicmiranda@gmail.com

Nació en Caracas, Venezuela, en 1985. Estudió su diversificado en la Escuela Técnica Industrial “Manuel Antonio Pulido Méndez” mención Construcción Civil. Actualmente cursa el sexto semestre en la Escuela de Letras, mención Lenguas y Literatura Hispanoamericana y Venezolana, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de los Andes ULA. Actualmente se desempeña como preparadora en el área de investigación de Literatura Infantil, en el Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres”. Participó en el Taller de Creación Narrativa, con el escritor Enrique Palta, organizado por la Dirección de Asuntos Estudiantiles, Universidad de Los Andes, Mérida 2005. Con el cuento “El Cóndor” recibió Mención de Honor en el Concurso Binacional de Cuentos Argentina-Venezuela, “Cuentos para niños”, en honor a don Rómulo Gallegos (Buenos Aires, Sociedad Argentina de Escritores/ Biblioteca Juan Madea, 2002). Participó en el Taller de Expresión Literaria en Literatura Infantil, con la escritora Mireya Tabuas (Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Abril-Diciembre 2006). Recibió el Primer Premio de Narrativa en el Concurso convocado por la Dirección de Asuntos Estudiantiles (DAES) de la Universidad de Los Andes (Mérida, 2007) con el cuento *Como sardina en lata*.

OBRA LITERARIA: Desde muy niña, en diversas oportunidades sus cuentos fueron publicados por la Escritora Inés de Cuevas en la página literaria: “Con los niños” del diario Frontera (Mérida 1996-1997). Tiene publicado el libro: *Cuentos de la niña Soñadora* (Mérida Instituto Merideño de la Cultura (IMC)/Cuadernos Artesanales de jóvenes autores, 2002). Sus cuentos fueron publicados en la Antología Magia Literaria II (Mérida, Fundalea /Cenal, 2006).

COMO SARDINA EN LATA

Y así comienza un nuevo día, seis de la mañana, suena el despertador (un poco descompuesto, con un tono quebrado debido a la mala sincronización de mis movimientos matutinos) y me digo: “cinco minutos más”, pero recuerdo todas las cosas que tengo que hacer antes de ir al trabajo ¡y me levanto, de un solo salto! Antes de que llegue el remordimiento por no haber dormido un poco más, me meto a la ducha sin pensarlo mucho. Un fuerte corrientazo acalambra mi espalda, signo claro de que se acabó el gas o, se me olvidó pagarlo, así que mi baño no es ni lo placentero, ni dura lo que había esperado.

Al enjabonarme, con un diminuto trozo de jabón, me doy cuenta que debo afeitarme: pronto seré lo más cercano a un guerrillero de los años sesenta; ya no tengo espuma de afeitarse y comienzo, en un intento fallido, a buscar con qué afeitarme ¡Bingo crema dental!, aunque no resultó una buena idea. Llega la hora en que mi estómago hace un intento supremo de ser el soprano de una orquesta, así que voy a la nevera y veo una nota de mi madre que dice: “Te quiero, cuídate y LLÁMAME” en grande y resaltado junto con una serie de acotaciones y consejos que nunca cumplo a cabalidad. Un poco más abajo, la factura del gas, busco la fecha de vencimiento, hace dos semanas. Reviso el refrigerador y de lo poco que hay, vencido, ¿Qué clase de persona soy? Alguien de 25 años que vive solo, con una madre a miles de kilómetros dedicada a sus nietos y una hermana, de la cual sólo sé por medio de la contestadora. Busco una corbata que combine con la última camisa planchada. Me miro al espejo y creo que es la misma que he usado desde hace tres días, pero si sigo en la indecisión llegaré tarde al trabajo. ¡Plas!, me la anudo al cuello, ahora no encuentro el par completo de medias ¿quién me va a mirar los pies? Hasta creo que una es de color verde y la otra azul. Recojo mi maletín con el porta-planos y salgo recordando que tengo que recoger la ropa sucia, pagar las facturas, buscar un plano que no encuentro en la oficina y que debe estar debajo de alguna de las chaquetas, con un poco de suerte y no debajo de un plato en el que comí pasta la semana pasada y se derramó la salsa. Cuento con los minutos justos para llegar al trabajo, sin embargo, mejor corro porque en esta ciudad un segundo menos es una hora más, aunque a veces es sólo una cuestión de suerte: que una viejita se crea La Mujer Maravilla y se lance a la avenida y un conductor, por no atropellarla frene, haciendo que el de atrás también, pero el otro que viene arreglándose la corbata porque no le dio tiempo, debido a que su hijo le hizo leer algunos cuentos antes de dormir, no se entera de lo que pasa ni ve la luz del freno y ¡plas! un choque en medio de la avenida principal y allí mismo, una tranca de tres horas, y si no llega el fiscal, porque hay otro choque y otra cola. Por esta y muchas otras razones entre ellas los huecos y algún animal que sacó la licencia en una caja de cereal, decidí dejar el carro -que me regaló papá al entrar en la universidad- en el estacionamiento del edificio y tomar el metro.

Es cierto, como me dice muchas veces mi madre acerca del metro, que es peligroso, puedes tardar más, te empujan, te pisan. En ese mundo subterráneo, pasan las cosas más locas, un día, un niño, por estar viendo un mendigo con algo en la pierna, que él sólo veía en las películas que compraba su hermano mayor y le decía que era sólo maquillaje, se suelta de la mano de la madre y se hecha a llorar frenéticamente, mientras es empujado, dejando atrás el sitio exacto donde perdió a la madre. El primer mes perdí diez veces la cartera, es una locura y es imposible darte cuenta de quién te roba, porque en una hora pico todos somos uno en el metro, todos muy juntos, traspirando en la piel del otro “como sardina en lata” diría mi abuelo ¿pero qué le vamos a hacer?, así es la vida, este país es así. Hasta opté por no usar cartera y guardar mis documentos en el porta-plano.

Hace tres años me recibí de arquitecto, pero comencé a trabajar hace uno, por lo menos en mi profesión, porque esa era otra: mi padre quería que al graduarme me fuera a Italia o España a trabajar, porque aquí, taxista o vendedor de perro caliente, aunque yo no lo creía así, además en Italia o cualquier otro país, a pesar de ser hijo de Italiano siempre sería un extranjero, mejor me quedaba aquí con mi arepa y mi gente.

Al llegar a la estación del metro me dirijo en dirección a Palo Verde y espero. Hoy en especial hay más gente que de costumbre, y aquella voz portadora sólo de malas noticias anuncia por los altoparlantes un retraso en el metro en esa dirección. Al fin llega y con él toda una avalancha de gente y sin querer –juro por mi madre, que fue sin querer– le toco el culo a una muchacha, comienza a voltearse lentamente yo pienso: aquí fue, ahora se voltea poco a poco y me lanza una cachetada y me grita cuatro cosas, que todo el vagón escucha y de allí hasta que me baje, yo o ellos, me mirarán el cachete rojo y próximo a hincharse y una viejita con un bastón ¡Plas! En toda la boca del estómago –y para completar vacío pues no he comido, aunque por el golpe mejor así, porque después entonces me dirían ¡cochino!– y me dice ¡¿Pa qué tiene la mano?, úsela o búsquese una puta!

–Disculpa, dirección Palo Verde ¿verdad? –dijo ella al voltear

–Ajá –dije yo consternado–, ¿y la cachetada, la vieja y la puta? Era hermosa, además olía divino; sus ojos verdes, su nariz pequeñita y perfilada, su piel bronceada, su cabello largo y claro, se lo vi

cuando le toque el culo sin querer ¡Lo juro!

—Hoy el metro está terrible, parece que toda Caracas estuviese aquí.

—Como sardina en lata —dije yo sin saber realmente qué decía; y en ese instante fue como si el vagón, el metro, toda Caracas, se paralizara, su sonrisa era hermosa, de hecho la más hermosa que había visto en toda mi vida, y no es que me la pase viendo sonrisas en todo el metro, es sólo que esa sonrisa aparte de no poder olvidarla era imposible de comparar, me tenía completamente blandito pero es que ella ponía blandito hasta un coco, de repente me miró con sus hermosos ojos verdes y me dijo: “¿Dónde debo quedarme para ir al Edificio de Obras Públicas” y le dije: “Allí es donde trabajo, qué casualidad”. Volvió a sonreír y dijo: “sí, qué casualidad entonces te acompaño al trabajo”, y ¡Plas! Otra vez blandito por aquella sonrisota. Al llegar al edificio cada uno tomó rumbos distintos. En el camino supe que era arquitecta y regresaba de hacer una especialización en España, hija de extranjeros pero venezolana de pura cepa, e iba a una entrevista de trabajo en la misma empresa para la cual yo trabajaba, y nos despedimos con un ¡Suerte y que tengas un bonito día! Qué problemas podía tener aquella muchacha joven, bella, esa de seguro no tenía su casa hecha un desastre mientras yo ni siquiera a una rata llevo de visita, miles de facturas por pagar, un día de estos ¡Plas! Me cortan la luz y el propio cavernícola. No es que no tenga dinero, es sólo cuestión de tiempo.

A los pocos días me enteré que le habían dado el trabajo. Estaba a unas pocas oficinas de mí. Todos hablaban de ella aparte de hermosa, simpática y especialmente inteligente cosa que es difícil en estos días y algo más extraño sencillísima. El trébol de cuatro hojas que todos deseamos. Así fueron más seguidas las veces que nos encontramos en el metro y mucho más seguido el “te acompaño al trabajo” con esa sonrisota que ya sabemos como me ponía; después, pasaba por mi oficina para que la acompañara de regreso a casa, luego para almorzar, así que la fui viendo más y más seguido. Nuestras conversaciones variaban mucho, a veces salíamos a comer, a caminar, bajábamos a La Guaira, íbamos a la Colonia Tovar. Al pasar el tiempo mi vida fue tomando otro rumbo, conoció a mi madre quien se puso feliz, pues se disipaban las dudas sobre mi hombría, mi hermana y mis sobrinos la amaron tanto o más de lo que ya la amaba yo, mi casa tenía un poco de

orden, eso era lo que le faltaba a mi vida, una mujer –antes sólo era un poco descuidado– ahora mi casa tenía ese toque femenino que le hacía falta. Unos meses después, decidimos mudarnos a un nuevo apartamento, ni el mío, ni el de ella eran lo suficientemente cómodos para ambos, las mesas, las lámparas, los materiales, mis libros, sus libros. Necesitábamos un lugar más grande. El tiempo ha pasado, llevamos 5 años juntos, no tenemos hijos pero no hay prisa, aún queda tiempo; espero seguirla viendo al otro lado de mi cama al despertar y ser ese dulce reflejo que tienen sus ojos verdes todas las mañanas. Me alegro tanto de haber sido ese hombre que ella escogió y yo de haberla esperado y no irme a lo primero que se me cruzara en el camino.

—*Estación Palo Verde.*

—Disculpe, esta es la última estación del metro, debe bajarse porque ahora le vamos a hacer mantenimiento está presentando una falla.

—Sí, gracias –dije yo cayendo en mi triste y ridícula realidad. ¿Dónde se había quedado aquella muchacha? Y yo como un pendejo lo único que pude decirle fue “como sardina en lata”, te la comiste pues, y ahora como el propio bolsa a regresarme dos estaciones, llegaré tarde y sin excusa alguna... porque no le diré a mi jefe que me quedé blandito cuando una mujer me comentó que toda Caracas estaba en el metro, es mucho mejor estar bajo tierra que en la calle, aparte de contaminarme con el humo de los carros, o que el carro se me dañe cada vez más con los huecos; y yo en vez de decirle otra cosa, vengo y meto la gran patota y le digo “como sardina en lata” ¡no! pero es que me gano el primer premio al pendejo del año, mejor ya no pienso nada por que me voy a lanzar al metro y sale en primera plana mañana “Pendejo se tira al metro por decirle a una mujer como sardina en lata” para ser uno más en la lista de muertos que hay todas las semanas, todos los días, todos los meses, gente y gente muerta y todavía seguimos siendo muchos y vivimos como sardinas en lata, bendita frase que mi abuelo repetía en días de apretamiento, y quedó grabada en mi memoria como la cédula. Debo confesar que tuve miedo de contarle a mi compañero de trabajo todo lo que había pasado, creo que pendejo sería una palabra muy pequeña para todo lo que podría decirme con el cuento de que es maracucho; a mi madre muchísimo menos, igual que a mi hermana, que estaba como loca buscándole primos a mis sobrinos, así que decido guardarme el secreto y llevármelo

a la tumba, porque ni a un perro para desahogarme, de seguro me mordería una pierna, y al menor descuido se escaparía ¿quien seguiría viviendo con un pendejo? Pero como iba una mujer como ella, fijarse en mí, en el metro, que no es el lugar más romántico de toda Caracas. Todo el día recordando aquello como si algo fuese a cambiar.

Al día siguiente me levante temprano a recoger todas las facturas vencidas. Hasta el aire que respiro en el apartamento lo debía. Recogí la basura y me fui rumbo a la lavandería. Después de haber botado la basura y pagado las facturas compré el periódico, de seguro con tanta ropa por lavar y planchar pasaría toda la tarde allí, mi hermana llamará como de costumbre y dejará un mensaje en la contestadora, ya deben ser amigas esas dos, recuerdo que mamá me dijo “lo blanco con lo blanco, colócale suavizante a los interiores”, hasta que: “pero estos jóvenes de hoy en día, cómo muchacho loco le vas a colocar enjuague, eso es después, y tú muchachita, cloro a tu ropa rosada, pero no los enseñan en sus casas, no tiene una pizca de lógica, puro besos y sexo, ya no es como en mis tiempos, vengan acá y los enseño, si no van a quedarse sin ropa un día de estos, y con lo cara que está”. Era una señora, un poco mayor, que siempre está en la lavandería, será para que cuando yo llegue, ya que no sé nada de lavar ¡Plas! Me regañe como mi madre, una señal de que el domingo la tengo que llamar, porque el mar de lágrimas de toda la semana, llena mi apartamento, pero ¿Quién era la otra persona? Por lo visto un poquito despistada igual que yo ¡Oh! Era una chica morena, ojos negros con el cabello recogido, con una franela y una sudadera mucho más grande que ella, al mirarla justo a los ojos ¡Plas! Otra vez blandito aunque pensé que esa sensación no la sentiría de nuevo, pero ahí estaba yo de nuevo, blandito como un mango maduro.

—Hola. ¿Cómo estás? Realmente para mí todo esto de lavar es un caos —dijo ella sonriendo.

—Claro —respondí igual con una sonrisa de oreja a oreja. Quizás el metro no era el lugar más romántico, pero la lavandería era diferente. De repente una voz interna, diciendo no le digas “como sardina en lata”.

MARGARITAS

Sé que tenía mucho tiempo sin venir, creo que debo pedirte disculpas, pero realmente he estado muy ocupada, mi trabajo y la tesis que no me deja en paz, espero terminarla pronto; así, quizás podría dormir mejor, comer mejor, cualquier cosa mejor. Pero hay algo que de seguro ya sabrás me tiene algo perturbada y es una de las razones por la que estoy aquí.

Ayer estaba en casa, trabajando sobre un diseño y llegó Luis (espero que aún lo recuerdes) con una de las margaritas más hermosas que he visto en mi vida (y eso que he visto margaritas), me invitó a comer y por más que le expliqué que tenía trabajo y que debía terminarlo, él insistía (después de ti, él es uno de los hombres más tercos que conozco), diez minutos después, me vi en la carretera no sabía a qué lugar iba y la radio sonando con aquellas canciones que me gustan sin ninguna razón aparente.

Realmente estaba muy cansada, estuve toda la mañana trabajando, al terminar la tarde, tuve que pasar por la universidad lo cual impidió mi visita al supermercado, y esa noche intentaba terminar el diseño de un apartamento que comenzarán a construir el próximo mes, estaba recordando cuando de repente se paró el carro, no estaba muy segura de dónde estaba, la noche estaba más oscura que de costumbre, al bajarme, estaba frente al mar, y al voltear, reconocí el lugar, era aquella cabaña que algunos fines de semana alquilábamos para olvidar un poco la rutina... volteé a ver la cara de Luis y sólo me sonrió, le dije que no sólo tenía que terminar el diseño, sino que debía trabajar al otro día temprano, y me respondió: “No te preocupes, sólo será un momento”, sonrió, tomó mi mano y me llevó hacia la cabaña, supe que algo le pasaba, su mano estaba fría y por algunos instantes temblaba. Al entrar, se respiraba un dulce aroma, pero era una mezcla de tantas cosas que no pude saber cuál era. Al ir a la mesa, el florero estaba lleno de margaritas, había algunas velas, platos, cubiertos, todo perfectamente colocado... seguro alguien lo había ayudado. Me sirvió un poco de vino y me invitó a sentarme, cuando ya el silencio era obstinante y su nerviosismo me estaba invadiendo, me sirvió algo de comer (según él era algo francés o italiano), no recuerdo muy bien el nombre, solo recuerdo con claridad su cara de miedo y sus manos sudadas temblando y aquellos ojos que me

miraban estudiando cada gesto y me dijo: “Espero que te guste, porque me esforcé mucho en hacerla” ¿Pero, a qué se debe todo esto? pregunté con curiosidad, y me respondió: “créeme hubiese cambiado todo porque no me preguntaras eso, pero bueno, ¿Quieres casarte conmigo?” Yo realmente no comprendí mucho; ahora que lo pienso, creo que fue el cansancio, o el asombro; cada detalle no lo sé, lo único que me salió decirle fue: “¿Qué?” y Luis se paró de repente y empezó a caminar de un lugar a otro algo nervioso y dijo: “Es verdad, cociné seis veces lo mismo pero sólo quería que quedara bien, la primera, quedó muy salado y sé que odias el exceso de sal; la segunda, me equivoqué y en vez de sal coloqué azúcar; la tercera, quedó muy seca, y de seguro al terminar, te daría hipo; la cuarta, se quemó mientras arreglaba el florero, la quinta, sólo supe que no te gustaría; eres la mujer que me enamoró aquel día en el metro mientras un malandro me robaba la cartera sin yo darme cuenta, porque estaba embelesado viendo tus ojos, eres la mujer con la que he vivido tantas cosas, cosas que no quiero recordar porque sería saber de nuevo que lo eres todo para mí: tu sencillez, tu seguridad, tu simplicidad, tu valentía, tu fuerza, tus ganas de luchar, sé que debía hacer esto desde hace algún tiempo pero sabes que soy un poco tímido, y si soy completamente sincero, me estoy muriendo de nervios, mis manos están sudadas, no coordino mis movimientos, sólo quiero que sepas que te amo y que eres la mujer con la que he soñado, con la que quiero tener hijos, y por la cual daría mi vida si de ella dependiera tu felicidad, icasate conmigo!”. Al decir eso se arrodilló frente a mí y sus ojos comenzaron a llorar; me tomó de las manos, las tuyas estaban heladas, yo no sabía qué decir, había pasado todo tan rápido.

Nos habíamos conocido hace seis años, nos graduamos juntos en bachillerato y juntos habíamos decidido qué estudiar: yo, arquitectura, y él, medicina, compartió conmigo la muerte de mi madre y otras un poco más dolorosas, había disfrutado tanto o más que yo de los atardeceres, de los amaneceres, sufrió conmigo cada traspasado de la universidad, una que otra gripe que nunca me dejó en paz y muchas otras cosas que no quiero recordar.

Espero que no te moleste mi decisión, sé que estarás allí, solo deseo que no llegues tarde, es dentro de tres meses en una pequeña iglesia de Los Roques. Te estaré esperando, Papá.

—Señorita disculpe el cementerio va a cerrar.

—Gracias señor ya me iba.

MORENO JAVIER ALFREDO

j_moreno_24@yahoo.com

Nació en Valera, estado Trujillo, Venezuela, el 24 de junio de 1992. Actualmente tiene 15 años. Estudia Primero de Ciencias en el colegio República de Venezuela, en Valera. Aproximadamente a los cuatro años viviendo en la Quebrada, de Trujillo, había una Biblioteca pública, muy cerca, donde pedía cuentos con ilustraciones que “leía”, mejor dicho ojeaba con avidez, sentado en un rincón. Ya en las escuelas contaba cuentos inventados, muchos tenían que ver con los dibujos recordados. Actualmente lee un libro que –asegura– no tardará en volverse un clásico: *El cuento N°13* de Diane Setterfield... Los libros donde se entrenó en el manejo del suspenso son los de Dan Brown, y entre sus cuentos favoritos están *Tres cuentos de hadas*, de Gustavo Martín Garzo y *La princesa y los trastos*, de George MacDonald...

OBRA PUBLICADA: Es autor de la novela infantojuvenil *Hamadriades: Una leyenda* (Mérida, Editorial La Escarcha Azul FUNDALEA / Centro Nacional del Libro CENAL, 2007).

LA SIRENA Y EL UNICORNIO

Hubo una vez, hace muchos años, cuando los seres mitológicos eran descubiertos por el hombre como verdad misma, un unicornio plateado enamorado de una hermosa sirena del mar.

Todos los días el unicornio visitaba a la encantadora sirena para contemplar su canto y oír su placentera voz, sabía que era un amor imposible. Él, un animal terrestre, ella una sirena del mar, pero esto no le importaba; su amor era tan grande que se conformaba con oírla cantar.

Un día, el unicornio sintió que debía presentarse a la sirena del mar y confesarle su amor platónico.

La mañana siguiente, cuando el alba aún no acariciaba las montañas azules, fue hasta la orilla del mar, y miró a la sirena posada en una roca, cantado como de costumbre. Se acercó a ella y le dijo:

—Hermosa sirena del mar –relinchó de gozo– desde hace tiempo escucho tu cantar melodioso para mi corazón. Cómo expresarte lo que siento, cuando se nublan mis sentidos.

La sirena nunca había escuchado mayor elogio, su corazón palpó como tambor oculto en sus entrañas, algo sentía, algo pasaba. ¡Qué extraña sensación de amor!

—Hermosísima sirena, luz de mi existencia, no hay palabras para describir cuánto te amo. Apaciguas mis pasos; guardo besos y caricias en el cofre de mi vida para conquistarte en secreto. Cada noche te sueño con ansías.

—Sublime unicornio —respondió la sirena— admirador de mis cantares, cómo explicarte. La esencia de tu amor sucumbe mi alma, has tocado el fondo de mi ser, podría enamorarme de ti. Pero... ¡Estoy comprometida con un tritón! ¡Si tan solo fueras pez...

El unicornio, en silencio, se dio vuelta, alejándose lentamente, pensando... ¿Cómo convertirse en un tritón?

Más allá, por las siete colinas, el Dios Eros, Dios del amor, paseaba por el mundo terrenal. Al unicornio se le ocurrió una gran idea... Se aproximó hasta Eros diciéndole:

—Queridísimo Eros, Dios del amor, necesito tu intervención.

El unicornio le contó lo sucedido. Dios Eros, afligido y apesadumbrado hizo una promesa al unicornio.

Te convertiré en tritón, si me regalas un poco de tu sangre.

—¿Para qué la necesitas si eres inmortal? —preguntó el unicornio.

—*Es el ingrediente ideal, para en tritón poderte transformar.*

El unicornio accedió, y con prontitud fue hacia el mar con el Dios Eros.

—Toma de mi sangre, conviértete ya.

El Dios tomó una daga y rajó la piel del místico animal, con sus dedos tomó sangre plateada, frotándola en sus orejas conjurando: ¡Unítriter! Ése será tu nombre de ahora en adelante.

Unítriter nadó por las aguas hasta encontrar una ceremonia de bodas acuática, se acercó a la multitud marina y gritó. ¡Yo amo a esa sirena!

—¿De qué hablas? —replicó alterado el padre de Sofía, la sirena. ¿Me puedes explicar qué ocurre?

—No padre —dijo confundida— no sé quién es.

—Pero... —dijo Unítriter. Tú me amas.

El padre de Sofía llamó a sus guardias con un ademán en su rostro.

—¡No quiero volverlo a ver! —gritó el papá.

Los tritones se abalanzaron a Unítriter con dagas en la mano, pero él gritó con furor.

—¡Soy el unicornio, tu eterno admirador! Recuerda, Sofía, recuérdame por favor.

Una chispa transformó la duda en fe, Sofía lo sintió, él era su verdadero amor.

—¡Déjelo! —gritó con fuerza— yo lo recuerdo, lo amo con anhelo.

—¿Qué dices? —replicó el novio. Soy el príncipe del mar. No pensarás dejarme atrás.

—¿Es cierto lo que dice? —arguyó el padre abrumado, ahora tú decide. Pero advierto, si eliges aquel mendigo, olvídate de mí como padre y este reino dejará de ser tu hogar.

En los cielos, alguien más escuchaba este diálogo. Cómo saber si era Eros u otro Dios, o tal vez la misma naturaleza planeando unirlos en verdadero amor.

Cuando Sofía pronunció sus últimas palabras: *Sí padre, definitivamente, lo amo en mi corazón ardiente*, ambos se abrazaron y el mundo paró... Una luz blanca envolvió sus cuerpos y los fundió en el mar azulado, preservando su amor infinito; expandiéndose la esencia más misteriosa y pura en todo un mundo marino... llenando así, de alegría y vida los océanos y los ríos.

Por eso los cuerpos están plenos de agua, llenos de amor; el amor de la sirena y el unicornio.

PARAGUAIMA SANZ ENZA PIERINA

pierinapps@hotmail.com

Nació en el Municipio Petare, estado Miranda, Venezuela, el 05 de mayo de 1989. Actualmente tiene 18 años. Vivió la mayor parte de su infancia en Tucupita, estado Delta Amacuro (donde cursó estudios básicos hasta el cuarto año). Desde 2005 vive en Maturín, estado Monagas. Lugar en el cual culminó sus estudios como Bachiller en Ciencias e ingresó a la Universidad de Oriente (UDO), Núcleo Monagas, en la especialidad de Gerencia de Recursos humanos. Desde niña fue amante de la cultura incursionando en la música instrumental, el teatro y la pintura. Escribió y montó obras en las escuelas y en festivales. Ganó el Segundo Lugar en el VI Concurso navideño en la modalidad de Cuentos, en el año de 1999 con el cuento La magia de la Navidad. Obtuvo un reconocimiento por su participación en el XVI Encuentro Estatal de Teatro Escolar, realizado en Tucupita el 28 de junio de 2003. Con el monólogo Nació mi niña, y la obra escrita y puesta en escena por ella misma Mi mejor amiga, participó en el Primer Encuentro de Nacimiento viviente escolar, en el año 2000. Desde entonces escribe poesía y lee obras literarias, de las que recuerda por su profundidad e importancia: María, de Jorge Isaac, Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez, Atrapado sin salida, de Ken Kesey Muerte en la escuela, de Giorgio Scerbanenco, Habitantes de tiempo subterráneo y Poemas de agua, fuego y árbol, de María L. Lázzaro, Pájaro del corazón, de Antonio Castro, entre otros.

CUATRO PAREDES A MI ALREDEDOR

Negro y azul evoca infierno y cielo.
Amarillo con añil recuerda el agua jugando con el fuego.
La otra es verde con rosado, pasto y rosas.
La última completamente roja,
una abertura en el medio resuena en el corazón
casi muerto, casi vivo.

VESTIRTE CON TULIPÁN

Recuerdo una tarde,
ocultándose el sol,
formando un inigualable ocaso,
tu mirada casi marchita planeando
como aves sostenida en la nada,
pretendiendo cruzar más allá del infinito
sin rumbo determinado.

Intenté penetrar tus pupilas,
revisar silenciosa algún rasgo del crepúsculo.

Sollocé ante el vacío,
solar inmenso en desesperanza.

Te pedí en soliloquio mudo, casi pasmada en lágrimas,
déjame vestir tú mirada con tulipanes
coloridos en aromas eficaces
para los sentidos
aturdidos de amenazas de ocasos.

Huiste etéreo,
sombras de umbrales, de silencios y misterio.
Insoportable desierto,
moribunda tu mirada en la mía.

ME AVENTURÉ EN MÍ

Me aventure en mí,
busqué lagunas oscuras de alma,
tropecé con piedras, tal vez pequeñas.
En los ojos acuosos y en la oscuridad
sentí que podían ser más grandes.
No hallé cómo superarlas,
me detuve a pensar.

Los impulsos nerviosos jugaban a destrozar.
Conseguí formas fáciles,
dar la vuelta,
retroceder lo recorrido,
caminar hacia atrás
hasta quedar encerrada
entre dos grandes piedras muros.
Las abarqué
estancada entre sollozos,
quise enmendar;
me hundí,
laguna que yo misma formé
nadando dolor.

Me olvidé en mi propia alma,
qué indagaba no supe;
se estancaron los recursos.
Torné sal, el mar me solidificó.
Incapaz de ascender líquida y liviana
la vida me cristalizó,
soy parte del subsuelo
una más del montón.

Vencida en mi propia excavación acuosa,
por momentos reseca.
El suelo rugoso y tieso que me sostenía tiembla,

corro,
salta el coraje del dolor.
Es la energía que necesitaba
las fuerzas del propio amor.
Miro ahora cada obstáculo
parte del pensar.
Analizo las piedras,
asciendo manantial luminoso que habla,
sacude y exhorta:

“Sigue, sigue creciendo fuerte, amada por ti...”

ME SENTARÍA A MIRAR MI CREPÚSCULO ROTO

Pero la sinfonía de mi alma ya no toca su melodía.
En sol mayor se oculta la grandeza del dolor
y el incesante ritmo del alma me despoja del temor sumiso.

Sollozaría noche a noche las despedidas.
La grandeza permite vivir armónica
y el cantaclaro reverdece prontamente
en los espacios de señora y reina del alma misma.

Y aunque existe el cielo admirable,
la noche resguarda los tesoros de la soledad.
No se ocupa la tarde en llantos.

La noche alberga colores,
no rabias perfumadas en garras.
La valentía es la fuerza inmortal de la paz.

PEDIRÍA MORIR SOLO UNA VEZ

No consumir la llama
que atraviesa la vivacidad de la piel.

Aunque el dolor haga estragos
preferiría manto renovado,
no sábanas de seda cubriendo mi cama fría.

Tal vez un poco de agua bendita me salpicara,
no lágrimas saladas desvistiendo auroras en desgracia.

POR UN MOMENTO

Por un momento sentí
cercana la luna,
una piedra en la mano...

Apremia el dolor.

Tiro largo y certero,
centro y universo del corazón.

Que penetre en ti el dolor que me agobia
la luz de la mirada.
Que mi cuerpo sea escudo para el olvido.

UBÍCAME EN TUS ESPACIOS

Cuéntame de la vida feliz,
lléname de calor el cuerpo agradecido.

No me ocultes en tus noches
como si fuera sombra la vida.

Trasládame en tu mirada,
estrella y lumbre.

Cuéntame historias largas,
elabora sueños de la nada.

ENCIERRO EN EL OLVIDO

Constante el zumbido,
pálpito intempestuoso,
se removieron
las angustias inigualables del miedo.

Me detuve,
suspiré sin querer respirar,
angustiosa vagancia de sollozar,
cárceles inventadas del padecer sin solución.

Despilfarros de agonía,
la propia imagen en el suelo de la nada.

PÉREZ DACIEL

perezdaciell@gmail.com

Nació en Tinaco, Cojedes, Venezuela, en 1986. Es estudiante de Contaduría Pública, promotor de lectura, voluntario de la Plataforma del Libro y la Lectura, y miembro de la recién conformada Red de Escritores, Capítulo Cojedes. Posee inédito el libro de cuentos *Inducciones desde el banquillo*.

AURIGA

¡Preparen! Ordenaba la agreste voz sobre los veinte, al tiempo que rompía con la pereza de la tarde. ¡Apunten! Veinte fusiles se erguían señalando al hombre de espaldas al muro bermellón. ¡Fuego! Y veinte balas se desperdigaban al mismo tiempo, batiendo el cuerpo contra la tosquedad del suelo. Sólo el calor se cotejaba con tan detestable escena. El albor de la tarde se hizo más intenso y la sangre de aquel hombre se expandía vertiginosamente llegando hasta donde me encontraba extenuado.

Sin noción alguna me encontraba en este aborrecible lugar, olores almizclados y sulfurosos lo inundaban, así como escombros monumentales que se interponían en mi búsqueda de horizonte alguno, los gritos y sus ecos jugaban con mis oídos en un vaivén insoportable. El dolor fue copando lentamente cada célula de mi humanidad, las náuseas vaciaron mi estómago; la sangre seguía expandiéndose infinitamente y tras ella la oscuridad. Pronto la sangre se convirtió en cenizas y luego en polvo, a la oscuridad no se le escapó nada, cerré los ojos con la esperanza de despertar.

Seguía allí extenuado, en el esfuerzo de recordar el dolor transgredía mi cuerpo progresivamente, impidiéndome escapar de mi agnosia. La luz se hizo, sorprendiéndome exactamente en el mismo lugar donde presencié la grotesca escena, caminé a través de la inclemencia del calor con los pedregosos centinelas a mi alrededor. Miré mi reloj, eran las 3:15 pm. ¿Por qué se me hacía familiar la hora? Algo sólido truncó mi andar, era el muro bermellón, intenté esquivarlo bordeándole, pero si me desplazaba

tantos pasos hacia la derecha o la izquierda seguía encontrándome a la misma distancia como si no hubiese avanzado nada; pensé en saltar o escalar el mismo, intempestivamente el muro creció haciéndome sentir al tamaño de una nimia hormiga. Sin duda alguna era el fin del camino.

Al dar media vuelta, veintiún seres de aspecto sepulcral emergían de la tierra, todos menos uno, fusil al hombro; ¡Preparen! Ordenaba el de la agreste voz sobre los veinte rostros putrefactos. ¡Apunten! Veinte fusiles se erguían señalándome, mientras me retorció internamente en una mueca de horror, plantado sin poder moverme. ¡Fuego! Y veinte balas se desperdigaban al mismo tiempo batiendo mi cuerpo contra el tosco suelo. Mi sangre se expandió trayendo con ella la oscuridad, los gritos se hicieron presentes, el dolor no dejó cuartel.

La luz me sorprende nuevamente en el mismo lugar, el hostigamiento y el dolor son partes inexecrables de mí. ¿Qué me trajo a este sitio? En mi reloj son las 3:15 p.m. Tras un insufrible intento vienen a mí las palabras del Caronte cuando pagué con el óbolo correspondiente:

“Alcruzar las puertas –me dijo– te enfrentarás a tu infierno personal, un laberinto que sólo a través de la autoexpiación que proviene del recuerdo podrás encontrar salida”

Me es tan doloroso recordar, la conciencia me flagela sin tregua. Vuelven a emerger el muro bermellón y los veintiún seres, la agreste voz rompe el silencio, mi cuerpo vuelve a caer abatido sobre la tosquedad del suelo...

COLLAGE DE UN INSOMNE

La casa abría sus puertas para recibir a la mujer, ya estaba al corriente de su aroma y acento particular; intimaban en un juego de espejos y facciones, pleno en vaivenes y gemidos leves, conmoviendo los cimientos, a la vez que descubrían una juventud perdida.

Todo ello es parte del ayer, hoy la casa es más profunda, extraña de sus pieles ha decidido aletargarse en la erosión de los

muros, sólo aquella mujer de acento particular podrá florecerla como ningún otro alarife puede.

La noche es una muerte segura, más aun cuando el espacio vacío de la cama espera por ella. Desde el balcón contemplo una lejanía que se resiste al exilio y un patio que nunca estuvo allí, es ahora en la nostalgia que valoro las tardes, allí sentados al amparo de las ramas del viejo olmo dialogábamos en torno a la eternidad, a lo metafísico, a la irónica historia y la caprichosa literatura. Ese árbol resquebrajadizo a la orilla del muro me recuerda a un ser despreciable que contempla su vida esfumarse en la ojeras que cada mañana le detalla el espejo.

Ella tenía treinta y tres años y dicen que sufrió por mi causa, expiaba mis penas con su goce y comprensión, lamentablemente sólo su recuerdo que cabalga sobre las olas del olvido es lo que tengo a mano, algunas fotos y uno que otro objeto que alimenta cierto fetiche con vaho de ansias.

Hay ruidos de pasos sigilosos trepando por las paredes y moviéndose entre los pasillos, tal vez son voces que llegan de paisajes pasados, así como las risas bajo el amparo de las sabanas y su lengua en mi paladar sorbiendo el alba, acompañada de un ¡Te quiero más que a mi vida!, al que le seguían exigencias recíprocas por pedacitos de amor y un supuesto “juramento eterno”; como si fuese posible condensar la eternidad entre dos miradas...

Mis ojos se resisten a su palpable ausencia, aún espero que esa mujer vire su cuello inquieto por simple casualidad y consiga mi sonrisa anhelando la trampa de su mirada. Es absurdo, pero los sueños se van cuando a ellos les da la gana. Estos largos pasillos van perdiendo objetos. ¿Será que emigraron con ella, o un ente extraño los sustrae? A ciencia cierta a la casa le va quedando únicamente el destello de la luna que la invade atravesando las ventanas.

Una fuerza extraña me toma por las muñecas, debo defenderme, pero en mi estado la muerte siempre es bienvenida, aunque vuelvo en mí por la imagen de sus rulos descansando sobre mi pecho en vigilia, reacomodándome en la esperanza de que cruce las puertas que siempre la han esperado.

El invasor es más vigoroso, soy un inútil en medio de la noche contra la incertidumbre, mi cuerpo es sacudido sin misericordia contra el espacio, de mis entrañas brota un grito que corta la noche en dos, surgen entonces ciertas objeciones de quien

me arremete más convenientes a un espectáculo de circo que a la contemplación del vejamen y la violencia. No tengo más refugio que la añoranza del regreso de esa mujer.

Este piso húmedo con sus malezas me hacen recordar que nunca la tuve (ni yo mismo fui dueño de mi vida), doy gracias por el disfrute entre nuestros brazos, piernas y labios. El gallo eclosiona su canto y hace recordar que es la hora propicia para las caricias entre los cuerpos vencidos. Eso ya no es posible, esta sangre que corre por debajo de mi cuerpo y lo distante que ahora se encuentra el balcón, me es suficiente para saber que no veré jamás a la mujer cruzar las puertas que anhelantes esperan su acento que evapora las heridas. Como el olmo me desplomo entre aires de impotencia.

PEROZO CERVANTES LUIS

luisperozo13@gmail.com

Nació en Maracaibo, estado Zulia, Venezuela, el 5 de agosto de 1989. Actualmente es Estudiante de Letras Hispánicas en la Universidad del Zulia y Presidente de la Fundación Andrés Mariño Palacio, que se encarga de promover la discusión literaria en la ciudad de Maracaibo. Recibió el Premio Regional al Mérito Literario Andrés Mariño Palacio, Mención Narrativa 2008. Aparece en la Antología de poetas liceístas *Nuevas Voces en la mirada del mañana vol. II*, de la Casa Nacional de Letras Andrés Bello, Caracas, 2006. Es colaborador en las revistas literarias *Puerta de Agua*, de la Gobernación del estado Zulia y en *De palabra*, de la Escuela de Letras de LUZ. Mantiene inédito la colección: “Relatos mórbidos de la urbanidad” y el poemario “Altares de marineros profanos”; también el libro de ensayos “Apuntes de un estudiante rebelde”. Mantiene un blog personal: <http://luisperozo.blogspot.com/> y otro sobre Andrés Mariño Palacios: <http://carteleraliteraria.blogspot.com/>

SANTÍSIMA VIRGEN

Los altares fingieron que tu virginidad existe
para elevarte cual titánica esencia de caoba
hasta las pendientes grises
que los cielos confunden con la aurora de tus ojos
platican los suspiros en el encuentro de los besos

Son las obscenidades de esta religión las que nos permiten cantar
sin cantares y vestirnos como dioses

Desnudarnos de palabras
quedar hendididos en la forma oblicua de tu pezón fulgurante
o en el harakiri de un tantrismo extraño
que nos permite esfumarnos sin encender el incienso
procrear más poemas entre las huellas del sol

Fueron sombras las que esculpieron este instante
convirtiéndote en diosa inmaculada
con caparazón de libro
provocándome fe de acida
poeta alucinógeno que construye péndulos
consagrando mis dotes de sacerdote blasfemo
en el rincón más céntrico de tu estomago

DIOSA DE LOS NAVEGANTES PROFANOS

Navegantes sedientos sobre el cadáver de una crisálida bendita
áridos de explotación feudal
germen convulso de incandescente virginidad de la pitonisa.

Filibusteros desnudos caminan sobre miles de hímenes
desorbitados
exhumados de sus criptas paleolíticas
envueltas en sangrientos pictogramas

Navegantes profanos
mojan los pies de Venus con la sangre virginal de Palas
soberbio cántico cetáceo
impune inminente
Venus devorada
diosa lívida de los navegantes profanos

EXISTENCIALISMO SEXUAL

Respirar existir

cabalgar bruma en busca de ojos faroles
caminar sin pies por escaleras de cuerpo
elear la vista buscar a Dios
saber que Dios pernocta en tu cintura

Seducir los suspiros con oraciones
en latín permite encontrar
el latido exacto para
desgarrarte los gritos y
dejarte tendida en los brazos
locos de adonis.

Pronunciar palabras extrañas para conjurar imágenes resucitar
poemas ya escritos

Respirar existir

Requisitos indispensables para ser tu amante

UN DÍA SIN VIENTO

Era una tarde sin viento, en un pueblo abandonado por la brisa que moría en el recuerdo de la doncella amarrada a los suspiros de la mar.

Era un día sin viento y una mujer sin sombrero que se entrega al mar en cada huella que deja sus tierras. Eran sus ropas pequeñas porciones de pudor, eran sus manos rosadas, suaves y de tuétanos blandos, era su aliento una danza de alegría por la ausencia del viento.

Era una mujer vestida de ramales, una hada, una diosa, colmaba sus pasos con los susurros de las plantas. Esos pasos, sus pasos, eran fieros caminos, rumbos que se tatuaban en la tez de los océanos.

Era una playa sin viento, y una minerva sin velos, sin sombrero, que danzaba con ropas de cuero y destellaba entre sus manos la confianza; podía andar sin ataduras, la playa era puerta franca para sus pechos libres, no había viento que entrará en sus rincones; no había brisa que pudiera profanar sus cabellos, se sentía ausente de la omnipresencia del viento, ella se había convertido en ráfaga desnuda, en aliento, era pura y cristalina, era parte del mar y el mar la hacía suya en cada oleaje, tomaba sus curvas, las besa con el suave aleteo de su marea. Era ella, sin sombrero, danzando de alegría, en la playa de un pueblo que muere y estremece en el ocaso de un día sin viento.

VÍCTOR MANUEL PINTO

victormanuelpintosilva@gmail.com

Nació en Valencia, estado Carabobo, Venezuela, 1982. Poeta, Estudiante de Educación, Mención Lengua y Literatura en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Carabobo. Asistente de Publicaciones del Dpto. de Literatura de la Dirección de Cultura de la Universidad de Carabobo. Fundador del Grupo Literario “*Litterae ad Portam*”. Director de la revista “*La Tuna de Oro*”. Pertenece a la Comisión Rectoral del Encuentro Internacional POESÍA Universidad de Carabobo y del Encuentro Nacional de Jóvenes Escritores Universidad de Carabobo. Facilitador de la Casa Nacional de las Letras “Andrés Bello” dentro del Sistema Nacional de Talleres Literarios. Ha sido merecedor del premio “*Eduardo Sifontes*” de la Gobernación del estado Anzoátegui con su poemario *Aprendiz de la Carne* (2007).

Ha publicado *Aldabadas 2005* (Premio Certamen Mayor de las Artes y las Letras del CONAC 2004), *Mecánica 2006* (Premio Internacional de Poesía Ciudad de Valencia 2005) y *Amanecemos de Bala: Panorama actual de la poesía joven venezolana (antología, 2007)*.

FORMAS DE CRUZ ANIMAL Y HOMBRE

La cruz no tiene sombra bajo el cuerpo que tuvo
de pecho es sacrificio de espalda su pasión y de reojo la muerte
sobre un burro se está cerca del hombre y su amor con ella
y van padre y animal y la cruz entre el lomo y su hijo

no tomes al asno por la brida para que la luz ande liviana
ella trabajará contigo que desees en calor agua hasta las uñas
sombra de verdad con voz de árbol en tarde

pero que él no tome vuelo porque huye lo malo a la espalda
y si el padre viene del solar del cuerpo la oscurana adelanta
cómo no moverse de la luz sobre nuestro animal
para que el madero no haga siluetas

hacernos calvario sobre la casa del Diablo hasta vomitar
será volverse su pecho su espalda y entender
que con sol en la cabeza la cruz nunca tiene sombras
y se anda con el brillo de los comulgados

II

Los peces de la multiplicación
no conocieron los mares
bajaron de la mano de Dios a la muerte
quizás al fin soy un prodigio
y abro la boca en sueños
respirando el mundo que no conocí

y hablo como los que hablan bajo el agua
y la noche es una placenta
y pienso en mis padres
sobar la cubierta de mi nado

un milagro no se huele los sudores
ni abre y cierra todo el día la boca
las puertas bosteza y se va

sin embargo sé de mí
la pureza de la carne

alimenta al Demonio conmigo Señor
para que no engorde

III

*“Jamais las d’être un corps
Après d’un corps aussi”.*

Guillevic

Cuando llegó la vida me bajé de mí
para no molestarla con preguntas
uno no puede irse de esa forma
sin bridas para recogerse

me fui monte mundo arriba di el lomo sin quejas
y montaron cosas que me hundieron
de la quijada mi dueño me lleva a la noria
a girar los días sin sacar nada de abajo

si me acordara dónde me dejé
me rogaría desenlazarme
entrar por la boca o la nuca

hasta sentirme otra vez un árbol de brisas
si tan solo yo se acordara de mí...
aunque a cada vuelta me vea mirarme en la desgracia

VII

Quise ser un hombre
un buen hombre
que entendiera a mi Padre
y su mezclar de tierra
con nuestra carne enferma

y con mis hermanos fui la obediencia
serví a los ritos y sacrificios
hasta que vino eso...
cómo era que olían sus escamas

y me estiró el cuello con una caricia
y me convirtió en una garza
una bella garza
con linaje de las aves del principio

y qué desespero hay en todo esto
Oh Padre
y qué lejos tengo ahora
la cabeza del corazón

XXVI

El chivo abierto en dos un mapa de la vida
ofrenda con su muerte
y después de la boca anda en mí

para pintar la sangre
cuanta hierba se debe comer
y su carne pinte la mía

moviendo la cabeza cuando estuvo
y llovía y veía cosas y sentía
quiso salir a los campos y cardones
meeeando
meeeando

así después del alma
meeear no sé
aunque me sienten
y se infla al ver las cosas
una vejiga de emoción
que llueve
y llueve

RAMÍREZ MARIELA

unapalabraescrita@yahoo.es

Nació en Maturín, Estado Monagas, Venezuela (1982). Técnico Superior Universitario en Química mención Procesos Químicos, Instituto Universitario de Tecnología “José Antonio Anzoátegui” (IUTJAA), El Tigre, Estado Anzoátegui. Cursa 4^{to} semestre en Ingeniería Industrial Universidad Nacional Abierta (UNA). Reconocimiento por Excelencia Académica (2006) del IUTJAA. Reconocimiento “Día de la Juventud” (1998), Alcaldía Municipio Guanipa del Estado Anzoátegui. Columnista de Prensa “Para Analizar” del Diario Antorcha (1999-2004) y de “Libertad Bajo Palabra” diario Mundo Oriental (2004-2006) de El Tigre, Estado Anzoátegui. Coordinadora de Página Literaria Ojos de Mochuelo, del mismo diario. Publicó en Antología Poética “Penumbra y Amanecer” (2002) del Centro de Estudios Poéticos de Madrid –España. Publicó en la Revista Guanópolis (Anzoátegui, 2002). Participante del I Simposio Lectura Proyecto de Vida (2003) Fundación Bichito de Luz-Pariaguán Estado Anzoátegui. Participante del Proyecto de Promoción de Lectura “Bichito de Luz”, (Fundación Bichito de Luz (FUNBILUZ), El Tigre Estado Anzoátegui) y Organizadora del VI Congresillo, desarrollando actividades de: Asistente al Club de Lectores (Agosto 2003). Facilitadora del grupo Niños Creando I (2003-2004) y de Bichito de Luz (2006-2007) de FUNBILUZ, El Tigre Estado Anzoátegui. Encargada de la diagramación y montaje de página dominical “Bichito de Luz” (Febrero 2003-Enero 2004), diario “Mundo Oriental” de El Tigre Estado Anzoátegui. Acreditada como Escritora Venezolana por Letralia (www.letralia.com). Representante del Proyecto Cultural, sesión Venezuela, de la Asociación Juvenil de Escritores Aenigma de las Islas Canarias–España (2007).

Publicó en las III Antologías de Narrativa y III de Poesía “Entre Eros y Tánatos” (2006) de la Asociación de Escritores de Mérida, Venezuela y CENAL, Caracas. Poetisa en www.poesiapura.com, y www.elparnaso.com bajo el seudónimo de Stressa D’Croce. Obras inéditas: *Avatar de Magdalena*, *Kaaretaarú o libro de las primeras pasiones*, *Rebeldía Bajo Sábanas*. Trabaja actualmente en *Bilongo en los labios* (versículos) y en *Provocaciones del río* (narrativa).

ENRICO, EL HIJO

Mi abuela ha amanecido hinchada y llorosa. Afligida le pregunta a mi madre por qué he de partir, y aunque las razones están de sobra, ella no quiere que “su principito” se marche. Abue, sabes que debo continuar con mi destino. Tengo 17 años y culminé excelentemente mis estudios. Ahora voy a la universidad.

Mi abuelo sugiere que estudie abogacía; mi abuela, ingeniería y mi madre... mi madre dice que escuche a mi corazón, es él, definitivamente, quien decide. El corazón también tiene algo de raciocinio, hijo, por algún motivo te guía a escoger los senderos que debes de transitar. Guardo las reflexiones de mi madre en mi pecho. Ella nunca me miente.

Anoche, sentado en mi cama, con la guitarra en mano y algunas partituras a mi alrededor, confirmé que mi destino era ser artista. Mi abue dice que eso no se estudia en una universidad y que el Arte depende de la divina protección que Dios le entrega a cada uno. Le he dicho: no abuela, el arte sí se estudia... no creas que “es Yavé el que a sus elegidos da el pan en sueños”. Claro que debe existir “algo” que se nos conceda, pero es la universidad.

—“La universidad de la vida” —se alza mi abuelo a pronunciar—, la que nos entrena y ayuda a amoldar precisamente la inspiración.

Mi abuelo sonrío irónicamente...

—Enrico, muchacho, es la universidad de la vida la que te enseña a ser artista.

Esta vez no tomaré casi en cuenta las opiniones de mis abuelos.

—“Escoge lo que te dicte el corazón” —dice mi madre, y así lo haré. Quiero ser artista... y ¡cómo no ser artista si crecí entre poetas, pintores, músicos y escritores! He decidido estudiar letras. Sí, esta es la carrera que estudiaré, estudiaré letras y desde allí construiré los mundos que mi corazón también dicte. No me importa lo que mis amigos del béisbol critiquen. Esto es lo que quiero y lo viviré.

A la hora de la cena, mi madre no deja escapar palabra alguna. Su alma se vuelve migajas de espejos porque me marchó.

Madre, no marchó para siempre. Voy a estudiar letras, lo que no pudiste hacer por seguir a tu corazón. Y mira, mira el resultado ¡aquí estoy!

Mi madre está abstraída, recoge la mesa inmaculadamente callada, dobla el mantel y se dirige al cuarto a llevarme la ropa que ha retirado de la secadora. Esa es la ropa que llevaré en la maleta. Ya organizó, por medio de unos amigos, mi estadía en la ciudad universitaria. El cupo ya lo tengo, y tengo su apoyo, aunque su alma protectora no quiere que me marche. Ella se devuelve a la cocina, y como es normal y común, terminará de limpiarla.

Sé que mi mamá frente a unos mililitros de cloro que quita las manchas y las pompas de jabón que se deslizan por los platos, recuerda cuándo fue la primera vez que me sintió. Fue en una noche de agosto que se volvió gris, pero mi madre la asumió blanca. Mi padre, jugador de colores, mentiroso de por sí, poeta, le entregó a ella –a una de sus tantas damas– una bandera gris. Ella, callada, antes de izarla en su vida, la enjuagó con jabón y cloro, como hace en estos momentos con los platos, para recibirla y guardarla en su pecho, blanca. Mi padre miró los ojos de la enamorada, y colocando su delicada, pero firme mano sobre el vientre de mi madre, acunó mi cuerpo.

Luego, con el tiempo, aquella bandera blanca se tiñó con todos los colores que tiene la vida. Yo no sé si es prohibido, no sé si tiene perdón, pero, quiero tener un bebé tuyo –dijo mi madre sin vacilación alguna. Mi padre sonrió.

De tanta y tanta espera, de tantos y tantos calendarios caídos, de tanto rayar en soles y lunas, y lugares y cuerpos y besos, de tanta y tanta poesía, nací yo.

A los ojos de mi madre se les escapan unas cuantas lágrimas. Me besa la frente. Madre, voy a estudiar letras. Me preocupa cómo están dañando el idioma. Voy a estudiar letras para escribir tu historia y las historias de otras escritoras que deambulan en las orillas de un libro aún no escrito. No quiero que alguno de ustedes lllore. Tengo 17 años y quiero lograr mis metas. Abue, mamá, recuerda que yo soy el hijo de las ilusiones, yo soy de Buesa, el muchacho *pálido de ensueño, loco de aventura y ebrio de ideal*.

LA PRINCESA ANURA

Finalizaba el mes de junio cuando Francisco, joven adolescente creyente en la ciencia y en la magia, observaba, por vez primera, junto a su ventana, una rana de verde esmeralda, muy quieta.

Muy quedita ella como para no molestar, sobresaltaba sin ruidos, como tragándose el croar para no fastidiar.

¡Croac! ¡Croac! Con los labios cerrados para no perturbar al joven, siguió allí, toda la noche, toda la madrugada. Y al llegar el nuevo despertar, con el sol recién madurado, siempre desaparecía.

(Se dice que las ranas croan con los labios semicerrados como muestra de educación y coquetería; para no ser vulgares).

Ella tenía ya varios meses así. Viendo al joven preguntarse los incansables cuestionarios de química, biología e historia universal. Viéndolo jugar en su computador, roncar, hablar dormido, contaminando el respirar con los gases tóxicos emanados de su cuerpo... eran tantas las acciones que ella miraba y presenciaba de él... conocía los gustos de sus camisas, las combinaciones del vestuario y hasta el olor de su perfume. Era, casi, la sabelotodo de sus aciertos, fracasos, fantasías, caprichos y arrogancias.

Francisco por su parte, era dueño del Mundo de los Posibles: creaba castillos de números y símbolos químicos azucarados, cuyos interiores eran adornados por retratos del siglo de Rousseau. Este chico era amo de inventos que, a rayos ultravioletas, descomponían los nanoátomos del cuerpo y alma de cualquier ser vivo para producir sensibilidades de vidas de arcoiris.

Francisco era febril utópico; era un chico extraño para su época.

Dentro de las dos noches a la que Francisco iría al Gran Evento, por fin, detectó la presencia de aquel anfibio; se dio cuenta de que éste esperaba algo más, y comenzó a hablarle:

—¿Y tú, cómo te llamas? ¿Carolina, Raquel, Fabiana...? ¡Ups! Y... ¡si eres hombre! Bueno, amigo, perdóname... te llamarás José, Juan... ¿Qué tal Dorometeo?

—Croac, no me gusta.

—¿Ah?, ¡Acaso hablaste! mmm... De todas formas, amiga o amigo, necesito descansar. Por favor vete. Vamos bella ranita de bello color, vete, vete, vete —dijo Francisco.

Cierto, las ranas son bellas.

Este chicuelo en menos de quince minutos se entregó a Morfeo. En sus sueños se imaginaba a esa ranita convertida en doncella:

—Si sólo pudiera... —se decía dormido.

El anfibio, que por naturaleza adivinaba el espacio onírico del joven, se emocionó tanto que croó con una CROAC, así de mayúsculo:

—¡CROAC!

—¡Vaya ranita! —despertó Francisco asustado. No comiences a cantar, ahora no —reclamó.

De nuevo intenta dormir. Cierra sus ojos, y comienza a ver, en el Mundo de los Posibles a una joven vestida muy de moda, con un rosado cálido en los labios, unas manos delicadas y una cabellera lisa que llega a la cintura.

—Locura.

—¿Te llamas...? Preguntó Francisco.

—Anura, Princesa Anura. La Alteza de sueños verdes, de tus verdes sueños.

—Qué encuentro, ¡estupendo!

(Propio de la adolescencia, en las travesuras de Cupido, Francisco gaguea, tambalea, suda... La chica de catorce años, en un verde sonrojar en su rostro, demuestra pena y aceptación. Coqueteo al fin).

Anura voltea engreídamente dándole la espalda a Francisco. Aquel momento era esperado, tal vez para ambos. Estaban solos, solos, pero no tanto como para decir que eran los únicos. En el Gran Evento existían luces a inmensas escalas, papeleras, charcos ornamentales... maripositas volando, grillos, pequeños insectos fluorescentes...

De espalda a Francisco, Anura atrapa con su lengua una pollita rechoncha, succulenta. Al sólo tocarla, Anura volvió a su estado natural: gorda, achatada, bocona, verdosa, aceitosa. En definitiva, gusarapa.

Anura volteó, y de frente a Francisco, se le ocurrió:

—Ven, acércate —dice la joven mientras machaca babosamente la pollita entre sus labios, haciendo una papilla

—¿Me vas a besar?

—¡¿Yooo?! –Francisco despierta sorprendentemente sudoroso. Estoy loco. ¡Me estoy volviéndolo loco!

Francisco dirige su mirada al lugar donde estaba la rana. Anura reposaba quieta en la ventana vigilando los sueños del amo del Mundo de los Posibles.

—¡CROAC!

—¡CROAC!

VEINTICINCO (25)

A gu, gú... mi nena, levántate, ¡hoy es tu cumple! –dice mi madre con un parlante por toda la casa. Mis hermanos están emocionados porque yo, la mayor, estoy cumpliendo... ¡un cuarto de siglo! Yo sé que todo este tiempo he querido ser una mujer de 45 porque creo que esa es la edad perfecta, la edad de la plenitud, de la calma, la realización profesional, la del cuerpo cuidado y de ánimos frescos, y en definitiva, porque a esa edad ya el amor verdadero debió haber aparecido. Pero hoy, ¡hoy me asusta tener 25! Me asustan las razones que revolotean rápidamente en mi pensamiento y las que, en realidad, suceden: ¿Qué edad tienes? 25 – respondo. ¿Y tienes hijos? No. ¡Ya estás vieja, ve a ver si pares! –Esto, en vez de ser un regalo, fue una cachetada mañanera por felicitaciones que recibí de parte de una comadre de mi mamá, que estaba en casa.

La verdad, las amigas de mi edad ya tienen hijos, se han casado y muchas otras, hasta dos divorcios a su haber cargan. Yo, yo aún estoy en mi cuarto con mis muñecas y enamorada de mis libros. Mi madre aún me guarda la comida calentita al mediodía. A veces, también limpia mi cuarto. Otras tantas, amontona mi ropa sucia y la coloca en la lavadora, para que luego y más tarde, yo la tienda.

Todo se ha ido acumulando. Ayer, cuando fui a resolver al asunto del seguro médico que cotiza mi mamá, la mujer preguntó mi edad y contesté: 24. Señora, dijo. ¿Señora, yo? Y la mujer sonrió. Yo también sonreí porque se me hace fácil hacerlo. Insistió: señora, pero usted mañana cumple 25, el seguro no la cubre. ¿¡Qué!?! ¿Y por qué? –me encolericé. Señora, –muy amablemente respondió

la mujer— el seguro no cubre a esa edad, además ya usted debe tener un empleo o un esposo que pague su seguro.

Quedé estática, si así ellos establecen, pues así será. La ley, según, y que me salvaguarda hasta los 25, pero desde ayer me está anunciado que soy un animalito del monte que envejece sin protección.

Hoy cumpla veinticinco. Los recuerdos de mi exjefa me acechan: Hija, si tú a los 25 no tienes hijos, un título universitario y un esposo, no eres alguien.

Tengo título universitario, pero los otros dos “requisitos”, no los tengo. Entonces... ¿no soy alguien? ¡Pero, cómo hago! aún no ha llegado un hombre que me ciegue con su cupido y menos, pretendo tener hijos de un ser que no amo.

Hoy tengo veinticinco, y como ve, amanecí atrapada en una crisis existencial.

Mi hermano se muere de la risa porque sabe lo que estoy pensando, porque supone lo que siento.

Me dirijo al baño y hoy veo en mi rostro, en el espejo, una línea nacida desde la nariz en el lado izquierdo de mi cachete que encarcela mi sonreír. Noto también, unas líneas terminando lo puntiagudo de mi ojo izquierdo y, que al cerrarlo, forma una bolsita de arrugas diminutas, pero visibles. Hoy noto cómo mi cuello tiene “collares” naturales ¡Estoy envejeciendo!

Mi madre, quien me lleva veinte años, sonríe y me consuela en esto de la estética. Existen cremas, tratamientos, ampollas...

—Eso es lo de menos —me dice.

—¿Y qué es lo demás?

—Un matrimonio, hija, un matrimonio.

La miré y me volví un mar de lágrimas.

—Yo no soy como tú, perdona.

Regresé a mi cuarto. Hoy, no debí salir de aquí. Estoy hecha un mar de lágrimas llorando mis veinticinco años.

RINCÓN ELIZA LUNIÉ

cieloretorcido@hotmail.com

Nació en San Cristóbal, estado Táchira, Venezuela, el 13 de octubre de 1986. Reside en Mérida donde actualmente cursa la carrera de Letras mención Literatura Hispanoamericana y Venezolana, Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes. Es Co-fundadora del nuevo grupo literario “Arovertiente” de la ciudad de Mérida, organizadora y promotora de numerosos recitales y eventos en librerías e instituciones culturales del estado.

Ha publicado algunos poemas en varios periódicos y páginas literarias creados por estudiantes de la Universidad de los Andes. Participó en el 4to Festival Mundial de Poesía Mérida 2007. De igual forma en la publicación del libro que lleva el mismo nombre. Co-fundadora del grupo literario “Bello público”, en la Escuela de Letras de la Universidad de Los Andes. Actualmente trabaja en pro de la cultura y el auge de nuestra tradición literaria; con la colaboración de algunos docentes amigos imparte talleres literarios (cuento y poesía) a los alumnos del Liceo Tulio Febres Cordero de Mérida.

PERO TAMBIÉN EXISTE LA TIESA LLAMA

Y el movimiento es otra extraña forma de sepulcro
Parece que esconde la pausa
que algún ritual se despliega en sus adentros

Entonces
la embriaguez

El magma que se bifurca

Ars

Antes de la luz
soy algún aposento del sonido
sucesión de los bajos brebajes
Y en mis ojos, la línea divisoria,
el verbo inconcluso de la ronda

Luego, continúo en la molécula
y me inflamo desde el primer bosquejo
Tierra rosada que se eleva y construye sus altibajos
Las copas tardías
la presión que me hace grosor distinto

Cuando el cobre le sale por los poros
el cielo
es la otra punta
el otro lado de los tabiques
Entonces, ya se han reunido las boyas
y el mar
tampoco intenta segregarse en otros tantos

Empieza el tiempo y lo uno.

Mujer Pumé

A mi madre

Ella transporta en su boca
el trigo
la espiga cruda
la blanca hebra del sonido
Y lleva labrados en su gravedad
 los gajos de la fruta Láctea
las vejigas solares donde se abren las harinas
y las mentas secretas

Su vientre es merodeado por el anillo estelar
Suben en lento triunfo las tostadas hierbas

Aquí

en mí
paraje en énfasis

Allí

volumen separado,
sumado al espacio como una mancha ígnea

Hemos quedado
tan ásperos en las espumas

En el cuerpo,
duro y mineral

A donde se han arrojado,
vertiginosas,
las colinas

LA PALABRA

La joya prematura
intenta el equilibrio en el ramaje

He aquí
el oriundo pezón del que sorbo
la miel dispersa del inicio

ROBINSON GARCÉS DANILO MAURICIO

Nace en Caracas el 21 de Diciembre de 1983, Escritor Poeta y ensayista. Egresado de la Escuela Regional de Teatro del Estado Cojedes en el 2001. Ha Publicado algunos de sus trabajos poéticos en el diario La opinión (San Carlos Cojedes). Resultó ganador en el concurso de ensayos que promueve la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UC, en el 2002. Actualmente cursa Relaciones Industriales. El libro *Bosque de otoño* fue uno de los ganadores del Certamen Mayor de las Letras y las Artes que promueve el Ministerio de la Cultura. Entre sus participaciones se encuentran diferentes recitales en la Ciudad de San Carlos, estado Cojedes. Fue organizador del Primer Encuentro de Poesía “Letra Viva”, y del Encuentro con “El Cuerpo y la Palabra”, Facultad de Ciencias económicas y sociales. Participó en el primer Encuentro de Jóvenes Escritores de la Universidad de Carabobo en el 2003. Organizó el II Encuentro de Jóvenes Escritores de la Universidad de Carabobo 2004. Participó en el II Encuentro de Jóvenes Escritores de la Universidad de Carabobo, en el 2005. Bautizó *Bosque de otoño* (Caracas, Editorial El perro y la rana, 2005), en Cúcuta, Colombia, en el Encuentro de Escritores Colombo Venezolano.

Una parte de mí ha muerto

Mi cuerpo va en la tormenta
y mi alma gira

Desaparece con los truenos
se van como relámpagos

Sigue lloviendo aún
el agua corre por los árboles
y en mi travesía por salir
me he vuelto un témpano de hielo

Cuánto he amado el silencio

Aquella tarde había pájaros en el camino
tu rostro esperaba por la lluvia

Dormías

Me embriagó tu labio
y congelé mi pulso

¿Dónde estás amor puro?

Saboreé el azúcar de tu café

Levitan mis ojos
en el fondo del laberinto

Espejismo en la llanura

Un nuevo día
así de simple

SILVA ALVES CAMILA LILA

camila.silva.yo@gmail.com

Nació en Ciudad Bolívar, estado Bolívar, Venezuela, el 05 de abril de 1992. Estudia 5º Año en Ciencias en el Liceo Bolivariano “Fernando Peñalver”. Casi por accidente descubrió que poseía el don de la escritura, a principios del año 2007, cuando asistía a uno de los Talleres del Circuito de Poetas Liceístas. Fue entonces cuando nació el poema: “Hasta el punto te busqué”, con el que participó en el Concurso y en el Encuentro Nacional de Poetas Liceístas 2007. Entre unos de sus anhelos está el formar una vida íntegra e independiente. Piensa seguir estudios superiores en el área de la biología, ya que es amante de la vida y le gusta ser parte de su evolución. Escribir poesía es un don, es un debate entre la mente y el corazón.

HASTA EL PUNTO... TE BUSQUÉ

Perdidamente te busqué hasta el punto
de buscarte en el desierto,
hasta el punto que mi lengua se desvaneció en el calor de arena,
hasta el punto que te vi en un manantial de cristalina agua,
te busqué debajo del sol y sobre la arena.

Perdidamente te busqué hasta el punto
de buscarte en la Antártida,
hasta el punto que el hielo se hizo mi casa,
mi cama, mi almohada,
hasta el punto que se congelaron mis recuerdos de tanto
pensarte,
te busqué debajo del sol y sobre glaciares.

Perdidamente te busqué hasta el punto de buscarte en el mar
hasta el punto que se inundaron mis esperanzas
hasta el punto que nadé el océano indico, atlántico y pacífico

te busque debajo del sol y sobre el fondo del mar.

Desesperadamente te busqué hasta el punto de buscarte
en mi acto de dormir,
hasta el punto que corrí sobre el mar y nadé sobre el desierto,
hasta el punto que extremidades sin descanso
olvidaban dolor y seguían buscándote.
Te busqué desde el cielo y hasta el mismo infierno.

Desesperadamente te busqué hasta el punto que al ver tus huellas
esperanzas volvían a nacer,
hasta el punto que mis fuerzas se re-potenciaron,
hasta el punto que... tus huellas desaparecieron
y el dolor regreso a mí,
Te busqué por fe y desesperación.

Perdida y desesperada te busqué,
llámate imposible, llámate quimera o como sea...

¡Te alcanzaré!

SUÁREZ RAMOS HENYURI NAYI

thefinestgirl@hotmail.com

Nació en Maracaibo, estado Zulia, Venezuela, el 04 de agosto de 1989.
Estudia actualmente Ingeniería industrial en la Universidad del Zulia.

En la penumbra del destino
cabalgan pensamientos inéditos
la oscuridad entumece mis dedos
se anuncia una lágrima
un último beso.

Minuto a minuto se disipa mi ser
me vuelvo aire
soy recuerdo.

Tocaste el pudor de mi ser
besaste cada molécula
acariciaste mis dedos
regalaste luceros
y algunas vías lácteas.

Pintaste de mil colores mi cuerpo
inexplicablemente fulminaste los sueños
torturaste los días

borraste mi rostro...

Sumergida en la onda de tu cabellera

pinto un mundo alterno

duermo sobre tu mar

nado en tu recuerdo

escucho las melodías del naufragio

veo el sentir de los corales

te busco en la inmensidad del cielo

y tu ausencia aun está

gruñendo en mí.

Tus manos lloran el dolor del alma
Enfermedad escoria de la sociedad
atada al pasado
esclavizada al sufrimiento
crees terminar la salida
solo inicias tu fin.

¿Eres lo que fuiste algún día?
Jugabas en bosques
soñabas con princesas
imaginabas el amor.
Hoy no tienes nada
acabas en la miseria
no das señales de vida

Oculto en tu ser
consumida en el fracaso
mueres todos los días.

Cellas mis labios
disfrazada bajo la piel
no pronuncio palabras mágicas
no hay melodías de esperanza
me busqué en tu cuerpo

Desgastada por la locura
miré sus rostros
no estoy en sus miradas

Amargos amaneceres
los tuyos
los nuestros
los míos.

Dormir Sin amaneceres
dispersa en el aire

humedezco tus días
entrelazo el presente
tejo tus rizos
mordemos las nubes
respiramos la tonalidad del cielo
vivimos en un mundo alterno.

Busco debajo del horizonte
al finalizar el arco iris
en la sequedad de la lluvia
detrás de la luna
en tantos rostros

Aun no recuerdo
cuando te perdí?
borraste las huellas
te fumaste mis días
asfixiaste las ganas
Y todo por amarte
Miradas pérdidas

ojos de maldad
abrazos ficticios
caricias inéditas
cuidados inexistentes
palabras sin sonidos
dame claves para entender tu lenguaje
un mapa para descubrirte
una brújula para orientarme
eres un total desconocido.

No hay mariposas púrpuras gruyendo en el vientre
la rebeldía de tus pensamientos se han ido con el cometa
han quedado en el humo del cigarrillo
pero no junto a mí
Te atas a la libertad
muerdes crepúsculos
ves con ojos color miel
la transmutación del alma
el calor de mi cuerpo no te llamará más.
Neuronas asfixiadas

por el consumo de tu viaje profundo
ironías extraviadas de tu boca
crees liberar lo que ya es libre
crear movimientos petrificados
infinidad de vertientes subterráneas
arrullan en sus brazos la inocencia
perdida de tu alma
El ego de tu ser te adsorbe sin previo aviso
quizás serás feliz cuando la luna juegue con tus hijos
y el desasosiego se borre de la mirada...

¿Quién soy?

Buzón de mil facetas
sin fin de secretos
conformidad de una sirena
majestuosidad del unicornio
el vaivén del horizonte
impetuosa rebeldía
muchos en mí y yo una
Miradas penetrantes
crees ver quién soy.

No llegas a la profundidad
de mi infierno

Descubrirme
descubrirte
¿cómo hacerlo?

Temor, cobardía quizás
de saber quién soy,
de vivir de una manera
que no tenía en mente,
de salir de lo socialmente normal.

Extrañamente
me reconozco al mirarme al espejo
deseando ser diferente; libre de miedos,
de esta etiqueta que llevo puesta,
que otros me han colocado.

Definen quien soy sin saber
que no soy yo, todos los días,
pues parto a mi encuentro.

VELÁZQUEZ ROSSMARY

artepopular@delur@hotmail.com

revnart@gmail.com

Nació en Valencia, estado Carabobo, Venezuela, el 01 de Mayo de 1984. Desde niña vive en Tinaco, estado Cojedes, donde ha realizados sus estudios de primaria y bachillerato, graduándose de Bachiller en Ciencias. Es Técnico Superior Universitario en Diseño de Obras Civiles, del Instituto Universitario de Tecnología “Antonio José de Sucre”, Extensión Valencia. Realizó pasantías en la Alcaldía de San Diego, estado Carabobo, en la Dirección de Ordenación Urbanística e Infraestructura (2005) y en el Instituto Autónomo de Vialidad del estado Carabobo (INVIAL), en la Dirección General de Ingeniería (2003). Actualmente es alumna regular del 5to Semestre de Educación, mención Artes Plásticas, Universidad de Carabobo y del Diplomado en Aplicaciones Multimedia, Unidad de Computación e Informática, Universidad de Carabobo. Trabajó en el Consejo Nacional de la Cultura (Conac) en apoyo docente. Ha asistido a diversas Conferencias, Foros, Talleres y Simposios, de Salud Integral y calidad de vida, enfoque holístico de bienestar; Taller Nacional de Formadores Socio Culturales, Ministerio de la Cultura, Consejo Nacional de la Cultura (CONAC), Oficina de Apoyo Docente (CLACDEC, 2006). Conferencia: La Planificación Urbana y El Diseño Arquitectónico, Semana del Arquitecto (2002). Reconocimientos: Programa Juvenil Fogata, 1er Encuentro Cultural “Semana del Estudiante”, Escuela Técnica “Germán Celis Saune”, CADAPE (2006). Sociedad Cultural y Literaria Torre de Ficciones, 1er Concurso de Poesía Juvenil Torre de Ficciones (2006). Departamento de Psicología, Escuela de Educación, Universidad de Carabobo, Calificación Meritoria en la asignatura: Desarrollo de los procesos cognoscitivos y afectivos (2003). Instituto Universitario de Tecnología “Antonio José de Sucre”, Semana del Diseño y de la Construcción (2003).

EL OBSTÁCULO

Quise ver
más allá
y no vi nada

me dio miedo

quise ver
sin miedo
más allá
y logré ver algo

quise distinguir
y lo hice.

LIBERTAD

Libertad
¿para quién?
Para el que está libre
en su propia cárcel

Libertad
para el sueño
y para los que sueñan

Libertad
para la tierra
y los que viven de sueños
y de ella

Libertad
para el hombre
que cree pasear libre

Libertad
para mí
y para los que no callan
libertad

para las palabras
para los actos
para los sentimientos

Y por supuesto

Libertad
para los libertadores
de los pueblos
del pensamiento.

EL 25 DE NOVIEMBRE DE 2006

El sueño
se desmaya ante mis ojos

y yo en la penumbra
convertida en espectro

circundando alrededor
de las sombras

esperando que amanezca
cuando la noche
apenas empieza

justo
al despertar
de los pueblos

junto

a la emancipación
de los mismos.

A VECES ME GUSTAS

A veces
escucho
ruidos
veo sombras

me gustan
las flores

a veces
escucho
voces
sueño
con rostro

me gustan
los colores

a veces
miro
los campos
oigo
a los niños

me gustan
los chocolates

a veces
miro el mar
a lo lejos
en mis
pensamientos

me gusta
el agua

a veces
escucho
ruidos
y no veo
nada

me gusta
el vino

hay veces
que escucho
tu voz
y veo tus ojos

me gusta
tu barba.

Este libro se terminó de imprimir en los
talleres gráficos de Edikapas C.A. Mérida-Venezuela
300 ejemplares, Marzo 2008